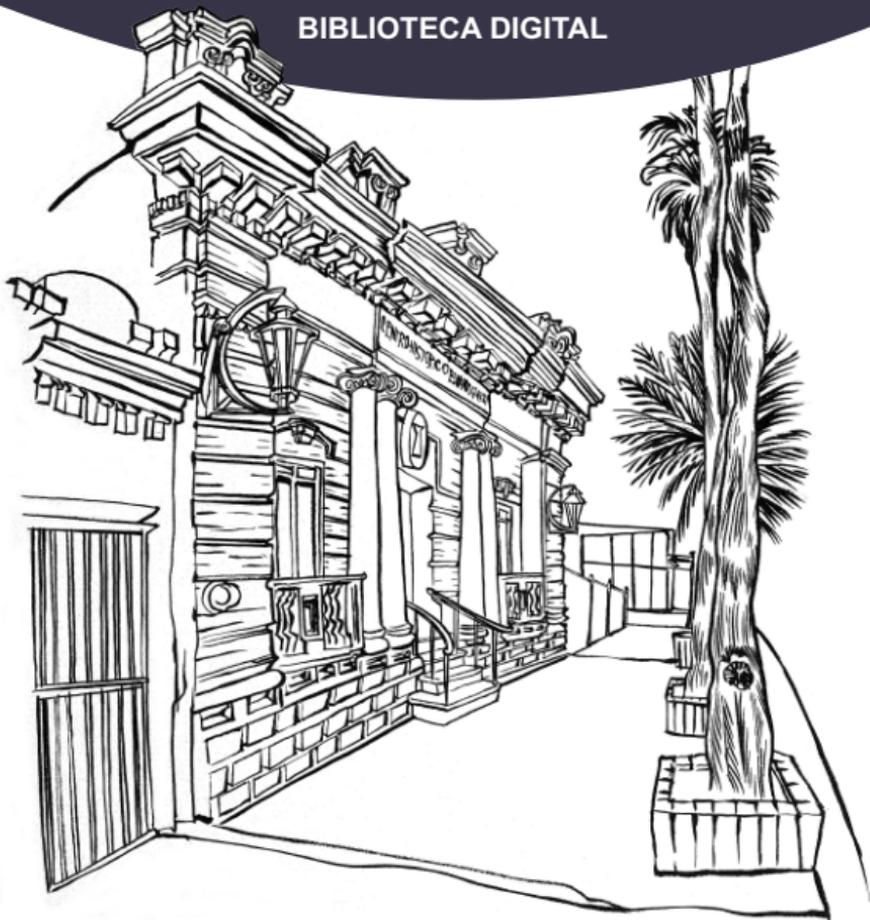




# ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.

TEL.: (52) (871) 716-09-13

[www.torreon.gob.mx/archivo](http://www.torreon.gob.mx/archivo)

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

# ¡REVIVAMOS LA HISTORIA!



*Joaquín Sánchez Matamoros*

**¡REVIVAMOS  
LA  
HISTORIA!**

*Joaquín Sánchez Matamoros*

Torreón Coahuila

Revivamos la Historia

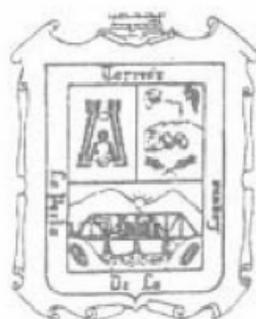
Primera edición julio de 1995

© R. Ayuntamiento 1994-1996

Portada: Cuadro de un famoso pintor francés que se imagina cómo fue el fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía

LIC. MARIANO LOPEZ MERCADO

Presidente Municipal de Torreón, Coah.



Editorial del Norte Mexicano  
Allende 992 Pte. Tel. 16-94-70  
Torreón Coah. Méx. c.p. 27000

## PREFACIO

*Desde los alucinantes años de la infancia siempre tuve fe en la fuerza de los ideales; llegué a pensar que la voluntad puede mover montañas; comprendí que el sentimiento es poderoso bajo la forma de una ilusión, un enamoramiento, alguna pasión o de una fe suprema.*

*Luego, en la juventud, entendí el amor idealista de Petrarca hacia su Laura y el no menos recatado de Dante hacia su Beatriz; pero fue hasta la madurez cuando comprendí la angustia amorosa de Baudelaire provocada por la fogsidad de la mulata Juana Duval.*

*Y, ya en la senectud, hallo que la historia está llena de momentos hermosos, instantes cruciales, segundos de horror, muchos de los cuales vale la pena resucitar —como lo intento en este libro— para que el lector amable los reviva conmigo.*

## REGALOS HISTORICOS

Entre los regalos más famosos que registra la historia y que —no obstante su apariencia humilde— sirvieron de inspiración o estímulo a vocaciones infantiles que luego se desarrollaron en beneficio de la humanidad y dieron nacimiento a portentosos avances de la civilización, figura el que en 1878 le hizo un padre cariñoso a sus pequeños hijos.

Había observado que sus chiquitines se deleitaban volando cometas de papel o amarrando colópteros con hebras de hilo y haciéndolos remontar el vuelo.

Aquel buen padre, que se llamaba Milton, llegó un día de otoño con un objeto oculto entre las manos y les advirtió a sus hijos que les llevaba algo maravilloso y que les iba a gustar mucho. Y ante la expectación de los muchachos, antes de que pudiesen adivinar de que se trataba, arrojó el objeto al aire. En lugar de caer al suelo —como era de esperarse— voló por el cuarto llegando hasta el techo, donde se mantuvo durante varios segundos, flotando graciosamente antes de caer por fin a tierra.

Aquel juguete era un armazón ligero, de bambú y corcho, sobre el cual se había fijado papel, de suerte que formaba todo ello como dos hélices que

eran movidas en dirección contraria por una cinta de goma enrollada.

Felices, los muchachos recogieron el regalo y lo volaron tanto hasta que acabó por destruirse. Pero ellos fabricaron otros similares, mejorándolos y haciéndolos cada vez más grandes y poderosos. Y además intrigados por la causa física que los mantenía en el aire, estudiaron con ahínco las corrientes aéreas y más tarde los motores a explosión que acababan de inventarse.

Y por fin, un día, el 17 de diciembre de 1903, aquellos hermanos, Wilbur y Orville Wright, sorprendieron al mundo al volar por primera vez en un aeroplano...

-oOo-

Cuando Jacobo José Champolión regresó de un largo viaje, halló a su pequeño hermano Juan Francisco —el que luego llegaría a ser el sabio que halló la clave de los jeroglíficos egipcios— desnutrido y mal vestido. Supo que el pequeño se divertía copiando extraños caracteres hebreos, chinos y árabes que encontró en revistas viejas, de su padre; y que no sólo se afanaba en reproducirlos, sino que podía leerlos.

—Voy a comprarte ropa —le dijo—. Esa chaqueta que traes está muy raída y los zapatos tan rotos están que los dedos ya asoman por los agujeros.

—¿Tienes dinero? —le preguntó Juan Francisco.

—¡Sí!, traigo una suma regular.

—Entonces regálame otra cosa. El invierno tarda todavía varios meses y mi chaqueta me cubre bien. Y en cuanto a los zapatos... bueno, es verdad que están muy rotos; pero, si quieres complacerme, hay una cosa que deseo tener, con toda mi alma.

— ¡Díme que es... y cuenta con ella!

Y el chiquillo, uniendo sus manos delante del pecho, como una imploración, dijo:

— ¡Regálame una gramática... pero china!

-oOo-

En 1821 Miguel Faraday, el inmortal sabio inglés, veía llegar la navidad y no tenía dinero para hacerle un buen regalo a su esposa. Pero una idea genial bullía en su cabeza y decidió desarrollarla para fabricar un regalo científico.

Noche tras noche, al terminar sus deberes en la Real Institución, se encerraba en su laboratorio y no admitía en él a nadie, ni siquiera a su mujer.

Aprovechando el fenómeno de la inducción electromagnética que acababa de descubrir, Faraday intentaba construir un pequeño motor eléctrico. Y lo logró. Mediante un recipiente lleno de azogue, un imán, una aguja clavada en un corcho y varias baterías eléctricas, logró por primera vez provocar un movimiento continuo de rotación que fue el comienzo del estupendo desarrollo de nuestra civilización.

La noche del 24 de diciembre, antes de cenar, Faraday llevó a su esposa al laboratorio, le mostró su regalo y le explicó su funcionamiento.

Como la dama entendía bastante de estos menesteres, no ocultó su asombro ni su alegría:

—¡Amor mío —le dijo—, me siento muy feliz! El regalo que me has hecho es tan grande, tan maravillosamente fantástico, que creo que esta Navidad puedo compartirla, y muy orgullosa, con toda la humanidad.

-oOo-

La señora Emmy recorría presurosa los escaparates de las tiendas comerciales de Berlín, buscando un regalo apropiado para su pequeño hijo. Al fin se decidió a entrar a una de ellas, y un dependiente se le acercó, solícito.

—¿Que desea usted?

—Busco un regalo para mi hijo, que mañana hará su primera comunión. Pero no quiero darle el clásico reloj de oro que se acostumbra, sino algo más de acuerdo con su imaginación, que es vivísima.

—¿Cómo es su hijo?

—Muy inteligente, pero bastante raro. ¡Figúrese que tiene la obsesión de que él podrá llegar un día a la Luna! ¡Y cómo se burlan de él los demás chicos!

—Entonces, señora, tenemos lo que usted necesita. Es un pequeño telescopio. Dígame que usted sí lo cree capaz de semejante hazaña. Y que mientras crece y estudia, muy bien puede acercarse a la Luna con este aparato.

El chico se mostró satisfechísimo con el regalo y se sintió un personaje importante. Pasaron los años y el niño se hizo hombre. Concurrió al Congreso de Astronáutica celebrado en Estocolmo. Allí exhibió el proyecto de una futura astronave "Saturno", que medía 100 metros de longitud y, prometió que a bordo de ella él personalmente iría a la Luna entre

1963 y 1965. "Tan seguro estoy de ello —dijo— como que me llamo Werner Von Braun".

El destino se interpuso y aquel chiquillo sabio no pudo cumplir personalmente su promesa. La N.A.S.A. y el ejército se opusieron a que el gran sabio se aventurase en el espacio. No era prudente arriesgar en esa empresa a un genio como él. Pero la historia es testigo de que el 16 de julio de 1967 la astronave Apolo 11, enviada por Von Braun, descendía suavemente en el Mar de la Tranquilidad, en la Luna...

## LOS NICHOS DE MARMOL ROJO

A la edad de doce años es frecuente que los jóvenes se sientan dueños del mundo o que se imaginen que las ilusiones más disparatadas pueden realizarse.

Al menos, tal me sucedía cuando era estudiante de la Escuela Centenario, en el grupo del gran maestro don Juan Pablo Moya.

A esa edad —como apunta certeramente el filósofo Jaime Balmes— exaltada la fantasía, hirviendo el corazón, arrebatada el alma entera, sojuzgada en todas sus facultades, rodéase el ardiente joven de las más brillantes ilusiones, comunícalas a cuanto le circunda, presta a la luz del cielo un fulgor más lozano, de colores más vivos, esparciendo por doquiera el reflejo de su propio encanto.

Varios condiscípulos como bandadas de palomas, solíamos dirigirnos, a la salida de clases, rumbo a la recién inaugurada Biblioteca Municipal. Unos en busca de los cuentos de Carlo Collodi con las aventuras de *Pinocho contra Chapete*; otros tras de las narraciones de Andersen, para solazarse con el triunfo esplendoroso de *El patito feo* o la dulzura de la *Reina de la Nieve*; los más, deseando los relatos de Perrault y de Grimm, particularmente *Barba Azul*,

*Caperucita Roja, Pulgarcito, La Cenicienta, El gato con botas o Blanca Nieves y los siete enanos.*

Francisco Rivera Sotelo y yo habíamos sobrepasado ya esa etapa de lecturas infantiles y procurábamos obras de Panait Istrati, Guido da Verona, Pedro Mata y Pierre Loti. Recuerdo que fue Pancho quien hizo el descubrimiento de la hermosísima Antinea, mujer que tanta impresión nos produjo.

Una tarde, con los ojos brillantes de dicha, me pidió que leyera la novela de Pierre Benoit, titulada *La Atlántida*.

—Se trata de una mujer prodigiosa —me dijo. Te apuesto lo que quieras a que tú también te enamoras de Antinea.

—¿Te enamoraste tú de ella? —le pregunté.

—¡Sí, apasionadamente! —respondió, ruborizado como un granate.

Leí la novela y confieso que perdí la apuesta. Era imposible no enamorarse de aquella beldad portentosa, descrita con ardor contagioso por el novelista.

Cuenta Benoit en su estupenda obra que el geólogo Morhange y el teniente Saint Avit, sorprendidos por una tormenta en el Sahara, hallan refugio en unas peñas basálticas, donde Saint Avit salva la vida a un nativo targui.

En una gruta formada por aquellas piedras descubre Morhange una inscripción en forma de cruz que, traducida, resulta ser el nombre de Antinea. El targui dijo conocer unas cavernas cercanas con numerosas inscripciones como aquélla.

Curioso y entusiasmado, Morhange persuadió al teniente para que lo acompañara a ese sitio.

El targui los llevó al Hoggar —país de los tuaregs— y en un desfiladero uno de los guías expresó a los viajeros su deseo de hacerles revelaciones sin la presencia del targui y pidiéndoles que no prosiguieran el camino hacia el "país del miedo". Pero es envenenado el guía y los dos exploradores son narcotizados.

Cuando despiertan se hallan, Morhange y Saint Avit, en un palacio que habita la reina Antinea. Encuentran allí a tres europeos: el reverendo Spartek, el conde Bielovsky y el profesor Le Merge. Este último da amplios detalles de las costumbres de la bella soberana, descendiente de Neptuno y señora de las tierras en que se halla —restos únicos de la antigua Atlántida— y les enseña el inaccesible palacio de leyenda oriental, en el que existía una cámara soberbia de mármol rojo y jaspes, con 80 nichos alrededor, 54 de los cuales se hallaban ocupados por los restos embalsamados y cubiertos galvanoplásticamente de oricalco —metal intermedio entre el oro y la plata, privativo del Hoggar— y debidamente catalogados, de los jóvenes amantes de la reina, todos ellos europeos, en su mayoría oficiales del ejército y que, luego de servirla para su recreo, morían de "amor", casi todos fumando un kif más violento que el opio.

Cuando Saint Avit es recibido por Antinea queda tan maravillado de su belleza, que considera una dicha ocupar un lugar en la cámara de mármol rojo, después de haber sido amado por aquella divinidad. Pero ésta prefiere que antes disfrute Morhange esa felicidad, y despide afectuosamente a Saint Avit, dejándole atontado.

Transcurrieron muchos días sin que el teniente vea a Morhange y no pudiendo sufrir los celos y la impaciencia, se llega cautelosamente a la cámara de la reina y presencia la escena en que Morhange se niega a acceder a los deseos de la dama, rogándole que lo mande matar si quiere, pues de él nunca ha de conseguir nada, y pidiéndole como único favor que le deje visitar a su amigo.

Antinea replica indignada, prometiéndole que hará morir al teniente en su presencia y le manda retirarse, quedando desesperada al ver rechazado su amor por primera vez en su vida. Entonces Saint Avit, sin poderse contener, se presenta ante ella dispuesto a consolarla... Y Antinea se entrega a él bajo promesa de hacer lo que se le ordene...

Cuando después de unas horas de embriaguez erótica y de un inexplicable atontamiento, Saint Avit recupera el sentido, se halla en su propia habitación y, por una mancha de sangre en su manga y por los datos que le pide el señor Le Merge para la cartela necrológica de Morhange, tiene la revelación de que, sin ser dueño de sus actos ni de su voluntad, había dado muerte a su amigo, impulsado por la vengativa Antinea.

Entonces cogiendo un puñalito, corre a la habitación de aquélla, dispuesto a matarla; pero es detenido y preso, sin lograr su objeto. Cuando se considera perdido una linda esclava le facilita la huida en su compañía, ayudados por el targui a quien el teniente le había salvado la vida.

Ambos fugitivos luchan en el desierto con la sed y la fatiga; y la esclava sucumbe, llegando un destacamento militar a tiempo de recoger al extenuado Saint Avit, próximo a morir.

Poco tiempo después, sin embargo, Saint Avit regresa al Africa para presentarse voluntariamente a Antinea, ya que la vida no tiene objeto para él desde que el recuerdo de ella acapara todos sus pensamientos... ¡Y está dispuessto a ocupar uno de los nichos de la cámara de mármol rojo, a cambio de ser amado por aquella mujer sin par, durante el tiempo que a ella le plazca...

-oOo-

—¿Te gustó Antinea? —me preguntó Riverita cuando me vio devolver la novela.

—¡Mucho, Pancho, muchísimo! ¡Te juro que yo también habría regresado, como el teniente, a ocupar mi bien ganado nicho de mármol rojo!...

-oOo-

Han pasado muchos años desde que leí *La Atlántida* de Benoit. Las ilusiones juveniles de mi adolescencia se han ido — como las golondrinas de Becquer y no volverán. Recordando esa edad feliz, romántica y soñadora, a veces evoco versos de Cam-poamor:

¡Quítame, oh Dios el oro y la fortuna,  
pero vuélveme a dar las ilusiones!

## ¡REVIVAMOS LA HISTORIA!

"Los hechos y las fechas —decía Valtour— son el esqueleto de la historia; las costumbres, las ideas y los intereses son la carne y la vida de la misma".

Pensábamos en esto el 18 de julio de 1987, mientras cambiábamos impresiones con un bullicioso grupo de estudiantes, en el café de moda, frente a la plaza principal. Alguno de esos escolapios estuvieron con nosotros, hace algunos años, en el Cerro de la Cruz cuando cazábamos al Cometa Kohoutec.

La historia universal —les decía— abunda en fechas grandiosas, coronadas de gloria y aureoladas de heroísmo. También está colmada de momentos trágicos, de episodios vergonzosos, de traiciones viles. Y conste que al decir historia universal en ella incluyo a nuestro país. Si fuera posible revivir el pasado; si a nuestro alcance estuviera presenciar la repetición de un acontecimiento cualquiera de esa historia ¿cuál escogerían ustedes?

El primero en contestar fue un estudiosísimo doncel, alumno de la Escuela Secundaria Federal Nocturna por Cooperación, número 28, de nombre Héctor Cortés.

—Si la historia pudiera repetirse —dijo— escogería vivir en el año 212 antes de Cristo para presen-

ciar la caída de Siracusa; para asistir al asalto de las tropas del cónsul Marco Claudio Marcelo, ya desesperadas por una larguísima resistencia.

"Como recordarán ustedes, impresionado Marcelo por los inventos de Arquímedes que tanto contribuyeron a prolongar la resistencia siracusana, antes del asalto final ordenó a sus fuerzas respetar la vida de ese gran sabio, que ha sido, quizá, la inteligencia más poderosa que ha producido la humanidad, el genio que sentó las bases de la física racional y del cálculo moderno.

"Al caer la ciudad, uno de los soldados atacantes, cubierto de sangre, halló en la plaza pública a un pequeño barbudo siciliano, de frente ancha y mirada lúcida e inofensiva, absorto en la solución de un problema geométrico; meditando ante unas figuras trazadas en la arena.

"Impaciente el soldado porque el anciano no contestó a sus requerimientos de rendición, de un sablazo le cortó la cabeza.

"Creo que un grito mío previniendo al soldado de que aquel hombrecillo era nada menos que Arquímedes, habría evitado la tragedia. ¿Cuántas contribuciones científicas de primerísimo orden podían haber brotado aún de aquel cerebro excepcional?..."

El siguiente en opinar lo fue Carlos Ortega Reyes, antiguo alumno de la Preparatoria de la Laguna.

—A mí me habría gustado vivir —afirmó— no en 212 antes de Cristo, sino en 1570; y también para detener una mano asesina.

"Me gustaría haber asistido a la defensa de Galera, el principal baluarte de las tropas moriscas que resistían el empuje de las fuerzas cristianas.

"Un disparo de culebrina abrió una brecha en el muro y por ella se precipitaron los atacantes. A detenerlos avanzó una mujer alta, hermosísima, robusta y de fornidos miembros, llamada Zarzamodonia, quien a la vera de la brecha se batió denodadamente contra los agresores. 18 soldados que —uno tras otro— riñeron con ella, pagaron con la vida su osadía. La bella morisca parecía una diosa de las batallas y se antojaba invencible.

"Uno de los atacantes se le acercó por la espalda para apuñalarla, pero un grito de aviso hizo volverse a la atlética gladiadora, que derribó a su agresor, lo oprimió bajo sus pies, le quitó el morrión y la coraza y le cortó la cabeza.

"Al caer la noche cesaron los ataques, para reanudarse al día siguiente, 4 de febrero de 1570.

"Al rayar el alba de ese día, Zarzamodonia estaba ya frente a la brecha, dispuesta a nuevos combates. Pero un tirador enemigo que a propósito trepó hasta la barbacana, de un arcabuzazo hirió en la espalda a la heroína, la cual rodó mortalmente tocada.

"A mí me habría gustado estar allí en esos momentos. Y, cristiano o morisco juro que mi arcabuz habría impedido tamaña felonía..."

El tercer estudiante que dio su opinión fue Guillermo Fernández, ex-alumno de la Secundaria Adolfo López Mateos y, hoy agente publicista.

—Yo quisiera haber vivido —expresó— en tiempos de la Revolución Francesa. Concretamente me gustaría haber estado presente el 7 de diciembre de 1753, cuando en la Carreta de la Muerte conducían rumbo a la guillotina a la hermosa condesa Dubarry.

"¡La vida, la vida! ¡Que me dejen la vida y donaré mis bienes a la nación! —gritaba la sentenciada, llorando a lágrima viva, aterrorizada, enloquecida por la cercanía de la muerte.

"De pronto, un lechuguino insolente, un petimetre arrogante, se acercó a la carreta y escupió en la cara a la condesa. Al ver aquella infamia, un carbonero salió de entre la multitud y abofeteó al currutaco.

—¡Aprended a respetar el dolor —le dijo— ya que no sabéis respetar a las damas!

"Si yo hubiese estado presente, habría procurado que mis bofetadas se anticiparan a las del carbonero. Y si ello no hubiese sido posible, ¡qué orgulloso me habría sentido con poder abrazar a ese humilde piconero de manos tiznadas, pero con alma de caballero"...

Finalmente habló un jovencito, Salvador Vizcaíno Pérez, antiguo alumno de la Preparatoria Venustiano Carranza y ferviente enamorado de las ciencias del espacio.

Yo —dijo emocionado— quisiera haber podido estar en el mes de enero de 1865 en el pueblecillo de Concordia, a 45 kilómetros al este de Mazatlán.

"Las fuerzas invasoras francesas perseguían en esos días al joven general don Ramón Corona, por todas partes sin hallarlo; quemando los pueblos por donde pasaban. El día a que me refiero remataron sus tropelías en la villa de Concordia, a la que el coronel Billault mandó incendiar, abusando sus soldados de las mujeres y asesinando a cuantos les opusieran resistencia. Cuando el pueblo quedó arrasado, las mujeres fueron obligadas a formar una

valla, que recorrió altiva y orgullosamente el jefe de los intrusos.

"En la valla también formó, a la fuerza, un jovencito de catorce años.

" Cuando el coronelazo en su recorrido triunfal, llegó a la altura del mozalbete, éste adelantó un paso y le escupió el rostro.

"Rojo de ira, Billault mandó fusilar en el mismo acto al rapazuelo, quien murió dando muestras de una serenidad asombrosa".

—¿Y para qué te habría gustado vivir esos momentos tan trágicos? —pregunté al ver que Salvador hacía una larga pausa.

—Para que Billault hubiera recibido, no uno, sino dos escupitajos...

## TARJETAS DE PRESENTACION

"Por sus frutos conoceréis el árbol", dice el refrán, y por sus triunfos espléndidos fueron conocidos algunos jovenzuelos, al parecer insignificantes, quienes luego se convirtieron en fanales luminosos de nuestra civilización. Las tarjetas de presentación que exhibieron para acreditar su valor, fueron producto de su ingenio poderoso y les abrieron las puertas a la inmortalidad.

Veamos algunos ejemplos históricos:

Desde un lejano pueblecillo de Normandía, en 1767, llegó a París el hijo de un humilde granjero. Tenía 18 años de edad y su nombre, Pedro Simón de Laplace todavía no estaba nimbado por la celebridad. Buscando un apoyo para abrirse camino en la Ciudad Luz, se presentó en la residencia del matemático Jean Le Rond D'Alembert, provisto de varias recomendaciones. Pero D'Alembert era escéptico impenitente de las recomendaciones de "gente prominente" y no lo recibió.

El muchacho no se desalentó con aquel desaire. Regresó a su alojamiento y escribió para D'Alembert una hermosa carta sobre los principios fundamentales de la mecánica, sazonada con estupendas fórmulas matemáticas de su propia cosecha.

Al leer aquella formidable misiva, el matemático se apresuró a contestar:

"Sir, habéis visto cuán poca atención he prestado a vuestras recomendaciones, pero es que vos no necesitáis ninguna. Os habéis introducido mejor por vos mismo; lo que me habéis enviado es suficiente para mí. Mi apoyo es totalmente vuestro".

Cuando al día siguiente Laplace volvió a la casa de D'Alembert y el ujier anunció su presencia, las puertas del despacho del sabio se abrieron con estrépito y apareció presuroso el gran matemático, escudriñando el rostro de aquella "criatura".

—¿Son vuestros estos números? —le preguntó, mostrándole su carta.

—Sí, señor, son míos.

—Caballero, sed bienvenido a ésta, vuestra casa. Hacedme el honor de pasar a mi despacho...

-oOo-

El caso del autor de la "Mecánica celeste" no es único en la historia. Veamos otro ejemplo maravilloso.

A los diecisiete años de edad, el joven encuadernador de libros Miguel Faraday leía atentamente cuanto volumen científico pasaba por sus manos y, sacrificando muchos peniques de su miserable paga, se complacía en repetir los experimentos químicos y eléctricos que en tales ediciones se detallaban. Un día le escribió a Sir Humphrey Davy, el químico más notable de su tiempo, pidiéndole un puesto de ayudante suyo; pero Davy ni siquiera le contestó.

Como Faraday asistía a hurtadillas a las conferencias que el gran sabio dictaba en la Real Insti-

tución y tomaba apuntes minuciosos, tuvo entonces la idea de escribirlos en limpio dentro de un grueso volumen y enviárselos a su pretendido protector. A la vista de aquel espléndido regalo, que revelaba la acuciosidad y viveza de su autor, Davy salió inmediatamente a buscarlo y lo halló en su modesta ocupación de cosedor de libros. Habló largamente con él. Se persuadió de que tenía enfrente a un jovenzuelo excepcional y lo aceptó, de momento, como lavador de botellas en el laboratorio de la Real Institución, con 25 chelines semanarios y dos cuartuchos en el desván.

Aquello era muy poco, realmente; pero aún así, era mucho más de lo que Faraday necesitaba para emprender su vuelo a la inmortalidad. Y voló muy alto, tanto, que el mismo Davy llegó a decir, años después: "¡De todos mis grandes descubrimientos, el más brillante ha sido, sin duda, Faraday!"

-oOo-

Citemos otro caso. En una modesta oficina de Madrás, en la India, un joven aborígen, sin otra instrucción matemática que la usual en la segunda enseñanza, pero dotado de un cerebro portentoso, se entretenía en sus ratos de ocio contemplando la miseria de la población hindú y tratando de descifrar los más abstrusos problemas de la matemática superior.

Su inteligencia prodigiosa, su capacidad analítica verdaderamente excepcional, pronto rindieron óptimos frutos.

Como en su país apenas habría quien entendiera sus fórmulas matemáticas, el joven, de nombre Sri-

navassa Ramanujan, en 1913 envió una carta a la Universidad de Cambridge, en Inglaterra —donde reside la flor y nata de los estudiosos de la ciencia del infinito.

Cuando los sabios de Cambridge examinaron las pruebas irrefutables que Ramanujan les enviaba sobre varios teoremas del álgebra superior, rebozaron de entusiasmo. ¡Aquellas ecuaciones revelaban un ser excepcional, un genio en toda la extensión de la palabra!

Fue enviada una comisión especial a entrevistar al "gran matemático hindú" y a invitarlo a residir en Londres. Ramanujan aceptó y a los pocos años era ya miembro de la Real Sociedad y del Trinity College. Pero hay más: algunos matemáticos modernos consideran que es muy posible que aquel oscuro aborigen, aquel chamaco que se entretenía contemplando la miseria de los suyos, sea considerado en los siglos venideros como el matemático más original que produjo el siglo XX!...

-oOo-

La capacidad científica —ha dicho el eminente biólogo J. H. Haldane— no es patrimonio de ninguna raza, pero se manifiesta mejor allá donde el pensamiento es libre. Y hay muchos modos de reprimirlo. Uno, el negar facilidades investigatorias a quienes carecen de título académico. Si Faraday viviese hoy, no habría encontrado mucho más fácil su carrera en Inglaterra y hay países —como México— donde no habría salido nunca de encuadernador de libros!

Laplace, Faraday, Ramanujan, hallaron espíritus despiertos y afines, capaces de comprenderlos y estimularlos; pero ¡cuántos hombres hay en nuestro México, atiborrados de riquezas que cierran sus ojos a la luz! ¡Que pasan por la vida insensibles a las manifestaciones del espíritu! ¡Incapaces de ayudar a un estudiante pobre! ¡Indiferentes a los esfuerzos de quienes labran los esplendores de nuestra civilización!

De esos hombres insensibles, indiferentes, Almafuerte —el gran poeta argentino— ha dicho:

*Almas sin ansiedad, almas estrella  
que siguen mansamente su trayecto,  
sin comprender la fiebre del insecto  
que busca luz, para morir en ella!*

## LAS ZAPATILLAS DE CHAROL

Un taconeo rítmico sobre el embaldosado de la calle me hizo volver la cabeza. El ruido provenía de unas preciosas y relucientes zapatillas de charol que marchaban nerviosa y coquetamente y cuya dueña —como en la popular canción— iba por la calle luciendo el palmito, rompiendo la acera con su taconeo.

Era una joven esplendorosa, en la flor de la vida. Su endrino cabello enmarcaba un rostro de ángel. El óvalo de su rostro era perfecto. La boca pequeña y los ojos grandes y rasgados. Por lo demás, parecía un milagro que el seno turgente de la joven no hubiese roto ya la blusa ajustadísima.

Por una agradable asociación de ideas vino a mi mente aquella frase con que Goethe rindió su mejor homenaje a la mujer. ¿La recuerda usted?:

"He observado hoy —decía el genial autor de *Fausto*— el modo de andar de una joven muchacha. Sería encantador besar su zapato y renovar el homenaje un poco bárbaro, es cierto, pero de profunda admiración de los sármatas, quienes no hallan nada mejor que beber en el zapato de una persona querida y admirada para brindar por su salud".

Evoqué el rostro dulce, casi divino, de Agnes Sorel, la favorita del rey de Francia, Carlos VII, que

pasa por ser una de las mujeres más lindas que han existido sobre la Tierra. Recordé que el pueblo, subyugado por el perfil maravilloso, por la ternura adorable de los ojos de aquella jovencita, la bautizó con el nombre de "la dama de la belleza", y que Jean Fouquet escogió esa linda faz para pintar el mejor de sus cuadros: *La virgen del niño*, que adorna la famosa Galería de Arte, del museo de Amberes.

"La belleza —decía Dostoyevski— es una lucha entre Dios y el demonio, y el campo de batalla suele ser el corazón del hombre". En ese sentido —pensé— ¡qué combates más terribles se libraron en el corazón de los hombres por culpa de la belleza irresistible, inigualable, de una mujer hermosísima llamada Lais y a quien apodaban "La Corintia"! ¡Todo el mundo conocido del siglo V antes de Cristo se estremeció de amor por ella!

"Jamás otra mujer tuvo tantos admiradores — escribe el historiador español Federico Saiz de Robles—. Su belleza, gracia y simpatía seducían invenciblemente. Y sus caprichos eran irresistibles".

"Toda Grecia —agregaba el poeta latino Sixto Lupercio—, dormía a su puerta, fascinada por los encantos de esa hembra extraordinaria".

Plutarco decía de ella: "Lais contaba con un ejército de adoradores. Todo griego soñaba con merecerla y los dos mares que separaban el istmo de Corinto se batieron por ella".

Se enamoraron perdidamente de Lais los filósofos Anilipo y Diógenes el Cínico; el escritor Mirón; el atleta Eubolas de Cirene y multitud de príncipes, poetas, oradores famosos; y hasta los más huraños pensadores ambicionaban sus favores.

Grandes multitudes se formaban en las afueras de su casa para verla salir en su carruaje. Y cuando aquella verdadera diosa de la belleza se dignaba dirigirles una sonrisa o ponerse de pie con los brazos abiertos ¡qué aplausos más frenéticos atronaban las calles!

Vino entonces a mi mente la frase tremenda de la Rochefoucauld: "Para mí la belleza es la maravilla de las maravillas. Sólo los superficiales no juzgan por las apariencias. El verdadero misterio y encanto del mundo es lo visible, no lo invisible".

Una preciosidad bien visible —me dije— fue la novia de Ramsés II, el poderoso faraón egipcio, e hice luego reminiscencia del relato del historiador Antonio Aragó sobre el asombro del gran guerrero cuando la vio por primera vez y cayó de rodillas a sus plantas:

"Después de 15 años de incesantes luchas, los feroces hititas solicitaron la amistad de Ramsés II y firmaron, en 1280 antes de Cristo, un tratado de paz cuyo texto conocemos porque está grabado en las paredes del templo de Karnak. El documento quedó sellado con el matrimonio de Ramsés con una princesa hitita. Una numerosa comitiva se dirigió al norte de Palestina para recibir a la novia. Allí se reunieron los antiguos rivales y juntos celebraron cordiales banquetes. Pero dejemos que la hermosa inscripción continúe la historia. "Después condujeron a la hija del gran Príncipe de Hatti ante su Majestad. Entonces su Majestad vio que su rostro era bello como el de una diosa. Que aquella mujer sobrepasaba en hermosura a cuanto se había conocido hasta entonces. Y su Majestad aceptó de rodillas

aquella joya rutilante, se enamoró de ella, y desde entonces, la adoró por sobre todas las cosas".

Me acordé también del filósofo estoico Epicteto, quien decía: "Es ser ingrato y tímido sostener que no existe diferencia entre la belleza y la fealdad. ¿Cómo puede ser tan agradable el deforme Thersito como el bellissimo Aquiles? ¿Cómo pueden agrandar de la misma manera una mujer horrible y la soberbia Helena de Troya? Hacer tales comparaciones no sólo es grosero, sino también impío".

El concepto de la belleza siempre ha variado de un pueblo a otro. Pero a veces las diferencias suelen ser tremendas. ¿No ha escrito el paleontólogo Víctor W. von Hagan, en su libro *El mundo de los mayas*, lo que estos indígenas consideraban como el desiderátum de la belleza entre sus mujeres?

"La cabeza de la niña —relata— era colocada entre dos tablas atadas para que se le aplastara y para que la frente se le deprimiera como era la costumbre. Se depositaba a la pequeña en una cuna fija sobre la cual se colgaban pequeñas bolas de pez negra para que se hiciera bizca. Más tarde, al abandonar la cuna, la infanta era transportada a horcajadas sobre la cadera de la madre para que se le combaran las piernas"...

Confieso que al evocar tales hechos históricos, di gracias a Dios porque la beldad que acababa de pasar a mi vera "luciendo el palmito y rompiendo la acera con su taconeo", no tenía la espantosa "hermosura" de las antiguas muchachas mayas, sino la dulce y delicada, la casi divina belleza de Agnes Sorel, de la Corintia y de la princesa de los hititas...

## EN LA HORA DEL TRIUNFO

Cuando Beatriz Harraden, una estupenda narradora de cuentos infantiles se decidió a invadir los terrenos más difíciles de la novelística, escribió el fantástico libro *Barcos que navegan en la noche* y se lo envió al editor Guillermo Blacward, quien lo rechazó diciendo que, a su juicio, era una obra insignificante.

La severa opinión del librero, aun siendo durísima, no desalentó a la joven inglesa: Hizo un nuevo paquete y envió su obra a Lawrence Bullen, dos libreros rivales de Blacward. Y aunque estos últimos tampoco se sintieron entusiasmados con el manuscrito, sí aceptaron publicarlo.

"El éxito del libro —dicen las crónicas de la época— fue fulminante. Hubo que hacer, una tras otra, varias reimpressiones porque la demanda fue copiosísima, sencillamente arrolladora. En muy poco tiempo se vendió más de un millón de ejemplares".

Beatriz se volvió famosa. Todos los círculos literarios de Europa se la disputaron. Y en el homenaje popular que se le rindió con motivo de la venta del millonésimo volumen, conmovida con los aplausos de la selecta concurrencia y a punto de llorar, la autora dijo:

"El juicio adverso de mis librereros nunca me desanimó porque me consta que las pasiones desbordadas han sido y serán siempre el pan de las multitudes. El alma popular se conmoverá eternamente con los grandes amores. El espíritu de aventura sigue hoy tan vivo como pudo estarlo en la época de las cavernas o como, sin duda, lo estará en el mundo del porvenir. Pero, francamente, el éxito de mi libro supera todo lo que yo esperaba. Está muy por encima de las ilusiones más caras que me hice. ¡Doy gracias al cielo porque escuchó así mis fervorosas oraciones!"

El 18 de abril de 1948, cuando ya frisaba en los 82 años, llegó la hora del triunfo para el arqueólogo inglés Robert Broom.

Excavaba penosamente en los antiguos terrenos de Sterkfontain, en Sudáfrica, cuando descubrió un cráneo asombroso que había pertenecido a una hembra muy fea. Tenía aplastada la nariz; la cara era tan aguzada que se convertía en hocico; la mandíbula aparecía colgante y sin ningún mentón. Pero tenía una particularidad rarísima: el cerebro era grande en relación con el cuerpo y los dientes estaban dispuestos en la curva redondeada característica de los seres humanos.

"Entusiasmado con el hallazgo de aquel perfecto cráneo de una *Plesiantropus* adulta —relata Robert Silverberg en su delicioso librito *El hombre antes de Adán*— Robert Broom olvidó toda modestia y escribió lleno de orgullosa soberbia:

"Este es el cráneo fósil más extraordinario encontrado jamás. Es más importante que el cráneo del *Pithecantropus* de Java, la mandíbula del Hombre de Heidelberg o los cráneos del Hombre de Pekín. To-

dos éstos eran restos del hombre primitivo. Pero éste que yo he hallado es el cráneo de un ser que todavía no era un hombre, sino un casi-hombre. El cráneo es prácticamente humano en todas sus relaciones, salvo que el cerebro es todavía muy pequeño... ¡de sólo 480 centímetros cúbicos!..."

Si el mensaje que Broom le dirigió a la posteridad en el momento de su triunfo adoleció del peccadillo de la vanagloria, fue muy distinto el caso de Juana de Ibarbourou, la poetisa uruguaya que ha cantado el amor y la pasión en versos llenos de fragancia, pureza y colorido.

Esa bella mujer, según Ventura García Calderón, surgió "risueña, desmelenada y sin velos, como la linda hechicera que pintó Goya a horcajadas sobre un macho cabrío. Emergió como una musa libérrima que sale de sus breñas a conjurar la tristeza. Y a padecerla también. En su mejilla está un reflejo de la aurora; en sus ojos el miedo de la noche; y en su cabellera, como la de Simona —recordad el poema de Gourmont— resume todos los olores".

¡Cuán ajena estaba aquella hermosa jovencita, cuando plasmó sus relampagueantes versos en las *Lenguas de diamante*, de que estaba ya burilando su inmortalidad!

En su soneto *Melancolía*, sin embargo, expresa:

*Amiga araña: hilo cual tú mi velo de oro  
y en medio del silencio mis joyas elaboro.  
Nos une, pues, la angustia de un idéntico afán.  
Mas pagan tus desvelos la luna y el rocío.  
¡Dios sabe, amiga araña, qué hallaré en el mío!  
¡Dios sabe, amiga araña, qué premio me darán!*

Con ese libro y con *Raíz Salvaje*, *La rosa de los vientos*, y *El cántaro fresco*, Juana de Ibarbourou escaló las cumbres más altas de la poesía castellana. José Santos Chocano empezó a llamarla "Juana de América" y ese título se le dio formalmente en el homenaje que se le rindió el 10 de agosto de 1929 en el Palacio Legislativo de Montevideo. Presidieron el acto Juan Zorrilla de San Martín y el mexicano Alfonso Reyes. Y cuando el primero de ellos puso en el dedo anular de la poetisa el anillo de oro que representaba su boda lírica, su unión con América, la temblorosa lírida exclamó:

"Yo no esperé nunca, no alenté, no busqué, no pedí a los dioses esta hora de premio máximo... esta hora que viene a la vida por la voluntad fraterna de un grupo de poetas y de amigos que no han querido que me vaya de la juventud sin saber lo que es la generosidad del afecto desinteresado y puro, que hace nacer impulsos de esta índole: no ha querido que la tiniebla descienda sobre mí sin que se pose una vez siquiera sobre mis manos el reflejo de la claridad que forman las aureolas...".

"¡Hasta parece —dice Dora Isella Russell— que le está pidiendo perdón a América por este momento de su eterna gloria!"

¡Y es que hasta en el instante solemne de su triunfo máximo, se mostró delicada y tierna esa guapa mujer que "supo soñar, pero con un sueño que nunca tuvo alas pequeñas!"

## GRANDES INFORTUNIOS

"La multitud —decía el divino Platón— cuando ejerce la autoridad es más cruel aún que los tiranos". Eso se vio muy claro cuando la muchedumbre enfurecida atacó el taller del escultor italiano Giacomo Serpotta, impulsada por rencores políticos.

¿Cómo fue que un artista de la talla del autor del grupo escultórico "La caridad" que se conserva en el Museo Nacional de Palermo, o de la "Judith", estatua portentosa que se exhibe en el oratorio de Santa Zita, o "La Pureza", que brilla esplendorosa en el Oratorio del Rosario, incurrió en las iras del populacho?

Su gran delito fue haber esculpido una estatua magnífica —como todas las suyas— de un ser monstruoso, odiado por la plebe. Y ese odio se recrudeció al conocerse que la obra artística sería colocada en la plaza de la catedral de Mesina.

En efecto, el rey Carlos II de España, apodado "El hechizado", hijo de Felipe IX y de Mariana de Austria, era un monarca indolente, apático e infatuado. Y, además, un retrasado mental. Entregado a la molicie y a los placeres, puso las riendas del gobierno en manos de sus favoritos. La historia es testigo de que bajo su reinado España se precipitó por el camino de la decadencia: Y de que como aquel engendro carecía de herederos, dejó el trono a Felipe

de Anjou, cuyo advenimiento al poder provocó la Guerra de Sucesión que ensangrentó cruelmente a la Madre Patria.

Sabedor, pues, el gentío, de que Serpotta había inmortalizado en bronce a semejante mequetrefe, montó en cólera, y en avalancha incontenible, poseído de un furor satánico, invadió el obrador del gran artista y destruyó no sólo la figura metálica del odiado soberano, sino todas las obras que en mármol y en estuco había realizado Serpotta y que significaban una labor de más de veinte años, y entre las cuales había muchas capaces de inmortalizarlo.

Cuando el vulgo se retiró satisfecho de su barbarie, junto a los trozos de bronce, mármol y yeso que momentos antes constituían demostraciones exquisitas de un arte esplendoroso y refinado, se vio a Serpotta de rodillas. Allí permaneció horas y horas, llorando a lágrima viva.

-oOo-

"Las desgracias —escribió San Agustín— son las lágrimas del alma". Y qué amargas fueron las que el infortunio le arrancó a los ojos soñadores, románticos y dulces del poeta colombiano José Asunción Silva.

El bardo suramericano, autor del hermoso tomito de versos titulado *Poesías*; de los preciosos cuentos que forman *El estuche de nácar*; de la vívida y ágil novela *De sobremesa* y, sobre todo, de una regia inspiración que nos deleitara con *Prosas y versos* y con las mundialmente famosas *Crisálidas*, *Vejece*, *Crepúsculos*, *Los maderos de San Juan* y el inolvidable *Nocturno* fue perseguido por la fatalidad.

Cuando murió su hermana Elvira, a la que Asunción adoraba con todas las fuerzas de su alma, sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor. Su temperamento romántico, que lo hizo ser uno de los iniciadores del modernismo lírico en Suramérica, recibió un golpe rudísimo. En 1883 viajó por Europa. Fue Secretario de la Delegación colombiana en Caracas. Se convirtió en un poeta dolorido, sentimental y exquisito que lució enormidades con el uso del dodecasilabo.

Pero el colmo de las desdichas del aedo, lo que prácticamente le orilló al suicidio, fue la pérdida horriporosa que experimentó en 1895 cuando en el vapor L'Amérique viajaba rumbo a su Patria de regreso a Venezuela.

Cuando el capitán de la nave avisó a los pasajeros que era inevitable un rápido naufragio, José Asunción Silva se precipitó a su camarote, recogió los preciosos manuscritos de tres libros que tenía en preparación y subió con ellos a cubierta. Eran tres obras grandiosas, en cuya redacción había empleado varios años de su vida, y comprendían una serie de narraciones deliciosas bajo el nombre de *Cuentos Negros*, y dos volúmenes de poesía fina, madura y melodiosa, que llevaban los marbetes de *Las cosas muertas* y *Poemas de la carne*.

La borrasca era tremenda y fue un verdadero milagro que el poeta saliera con vida de aquel peligroso trance. Pero sus obras, la cumbre suprema de su vida y de su poesía, se hundieron para siempre entre las aguas del río Magdalena.

Parece que el ruido del furioso temporal no fue nada comparado con los gemidos dolorosos del artista, ante pérdida tan irreparable. Y que las lágrimas

del bardo fueron tan abundantes y desconsoladas, como cuando voló al cielo la divina y adorada Elvira.

-oOo-

"La inocencia —predicaba San Cipriano, antes del espantoso martirio de su decapitación— es un crimen... para los malvados". ¿Fue un crimen la inocencia que sacudió peligrosamente la carrera del genial matemático Isaac Newton, el descubridor de las leyes de la gravitación universal? ¿Fue un delito la desgracia irreparable que se abatió sobre el inmortal creador del Cálculo Infinitesimal?

Si hemos de creer a varios de sus biógrafos, sucedió que al ir un día a la capilla para cumplir sus obligaciones religiosas, Newton dejó por descuido una vela encendida sobre su mesa de trabajo. "Durante su ausencia —dice uno de sus biógrafos— su perro favorito, al que llamaba "Diamante", volteó la vela, produciéndose un incendio que destruyó gran cantidad de manuscritos, notas, estudios y cálculos de alta física y difícil matemática. Al volver, se dio cuenta del desastre irreparable que había sucedido y por lo cual se perdía el fruto del esfuerzo agotador de veinte años de tarea colosal".

El alma de acero del gran teórico inglés se sintió estrujada bárbaramente por la impresión dolorosa de la catástrofe. Miró en derredor con infinita tristeza. Contempló al perro, que le lamía humildemente las suelas de sus zapatos. Y aunque no lloró a gritos como Serpotta, ni gimió horas enteras como Asunción Silva, ¡cuánta emoción, qué infinito dolor reve-

laban las palabras que como amargo reproche le dirigió al cánido!:

"Ah, Diamante...! ¡Diamante...! ¡Ojalá pudieras darte cuenta del grave mal que me has hecho...!"

## EL MAL DE WERTHER

La cena estuvo deliciosa. No cabía duda de que don Sixto Castellanos y su gentil esposa Estelita (que en santa paz descanse), eran anfitriones muy generosos. En su hermosa residencia, ubicada en Mayrán 563 de la aristocrática colonia Torreón Jardín, pasamos ese sábado 27 de noviembre de 1976, una noche inolvidable.

No dejó de extrañarme que, a los postres, el sonriente y atildado mesero colocó junto a mí un libro primorosamente empastado.

Alcé la vista para mirar a los huéspedes y noté que ambos sonreían maliciosamente. Tomé el volumen y leí el título *Las cuitas del joven Werther*, de Goethe.

—¿Le parece bien, profesor —me preguntó don Sixto— que tomemos por tema de sobremesa el "mal de Werther"?

—Me parece magnífico —respondí—. Werther ha sido, durante mucho tiempo, el prototipo más completo del enamorado romántico y desdichado.

—El argumento del libro —dijo el señor Castellanos— es bastante sencillo: Werther, un joven soñador y apasionado llega a la pequeña ciudad donde vive su gran amigo Alberto. Allí se enamora de Carlota, una bellísima muchacha, sin saber que es

la prometida de su amigo. Cuando lo sabe y nota que ella también empieza a corresponderle con apasionamiento, para no manchar la lealtad que le debe a Alberto, y como le resulta imposible olvidar a Carlota, anuncia que se va de viaje, se despide y, al llegar a su cuarto, se suicida de un balazo. La lectura de este libro promovió una ola de suicidios y llegó a decirse que era peligrosa. ¿Qué opina usted al respecto?

—Para responderle, creo suficiente citar las palabras que don Jacinto Benavente pone en labios del Marqués, en su magnífica obra *La verdad inventada*: "No hay ninguna lectura peligrosa. El mal no entra por la inteligencia cuando el corazón está sano". En efecto, un joven normal, de un romanticismo no plañidero, se conmueve con esa obra, pero no enloquece, por más que su enamoramiento sea volcánico. Y en cambio, si su temperamento es calcinante y se apoya en una mente enfermiza, llega a pensar, con José María de Vargas Vila, que cuando la vida es un martirio, el suicidio es un derecho...

—Profesor —terció doña Estelita— ¿cree usted, entonces, que alguien pueda enloquecer de amor?

—Sí, señora. El amor es, en sí mismo, una especie de locura. El mismo don Jacinto Benavente hace hablar a la Luna en su obra *Y va de cuento*, para decirnos: "En asuntos de amor, los locos son los que tienen más experiencia. De amor no preguntes nunca a los cuerdos; los cuerdos aman cuerdamente, que es como no haber amado nunca. Aquí sabemos todos de amor. ¿Verdad, locos míos? Locos de la Luna ¿qué es el amor? Decílo: ¡Locura, locura, locura!".

Este enloquecimiento se apoderó un día del gran militar Georges Boulanger, a quien apodaban en

Francia "el general Revancha". No era un hombre tímido, sino al contrario, de un valor excepcional: Por su arrojo sobrenatural cayó herido en las batallas de Turbigo, Tai-Dan, Champigny y Montparnase. Pero si las balas no hicieron nunca que perdiera la serenidad, el amor sí se la arrebató para siempre...

—Y ella —preguntó don Sixto— ¿era una mujer muy hermosa?

—Más que hermosa, era dulce y afable. De una ternura conmovedora. Boulanger la adoraba con toda su alma. Por eso fue que al enfermar y morir su idolatrada en plena juventud, el valeroso milite enloqueció de dolor. Una desesperación romántica desbocó los latidos de su corazón. Y arrodillado ante la tumba de su amada, sollozando como un niño, el héroe sacó la pistola y se destrozó las sienes...

—Los hombres fuertes y felices, según eso —comentó la amable anfitriona—, no son inmunes al amor, ni a la idolatría, ni a la desesperación, ni a la locura. ¿Qué decir, entonces, de esos infelices que no han mirado nunca su imagen retratada en las pupilas de su amada; de aquellos que no han conocido el calor de unos besos, la dulzura de un hogar, el amor de unos hijos?

—Si no le aburre, señora, citaré una vez más a Benavente. En la escena primera del acto único de *Sin querer*, hace decir a Pepe: "La dicha que se sueña, sí es de color de rosa; la que no puede lograrse, la de la vida real, es siempre gris, el color de la melancolía resignada, de la tristeza bondadosa que sonrío, perdona y ama".

Gerardo de Nerval, ese gran poeta descubierto por Verlaine y a quien Rubén Darío nos hizo conocer y adorar; ese tierno corazón que perteneció a la ilus-

tre generación de Teófilo Gautier, Honorato de Balzac, Henri Murguer, y Arsene Houssaye pasó por la vida soñando y sufriendo. Para su imaginación y su estro, la vida era color de rosa, digna de prolongarse. Pero su existencia real... juzguen ustedes lo que sería, por este dato: Una noche de Navidad, de ésas en que la alegría corre a raudales, Gerardo, impulsado por su miseria infinita, le dijo adiós a la vida. En la madrugada, unos alegres transeúntes lo hallaron muerto, colgado del hierro de un tragaluz, en la lúgubre callejuela de la Veille Lanterne, en el siniestro París más miserable, el de los apaches...

—Es doloroso de veras —interrumpió el señor Castellanos— que hombres así no encuentren, en su hora, la comprensión y el apoyo generoso de sus contemporáneos. ¡Cuánta ilusión, cuánta poesía deben haber quedado estranguladas en aquel siniestro tragaluz! Pero entiendo que el Mal de Werther también suele atacar a las mujeres. ¿Recuerda usted profesor, algún caso estrujante?

—Veamos qué les parece éste, que relata el historiador español Saiz de Robles:

Constancia Mayer, una chica turbadora; delicada, cultísima, de mirada penetrante ya velada por la ternura, ya chispeante de malicia, entró un día al taller de pintura de Pedro Pablo Prud'hon. El amor surgió entre ambos a primera vista, porque el amor jamás se anda con medias tazas.

Entre paréntesis, Benavente hace decir al respecto, a Amalia en *Los búhos*, estas palabras: "Y no hay que darle vueltas: el amor entra por los ojos; y a persona que a primera vista no nos dice nada, es ya imposible que se la quiera nunca con amor; podrá llegarse a quererla con el tiempo como a un buen

amigo... como a una persona de la familia, pero el verdadero cariño, o es un escopetazo o no es nada".

Pues bien, los dos tórtolos vivieron juntos y dichosos durante 18 años. Pero —dice Saiz— Constanca empezó a creerse fea, desamada por el Maestro. Y un día cogió las navajas de éste, y de pie, delante de un espejo, se cortó el cuello, con una mano tan firme, que se desplomó casi decapitada.

Prud'hon, que trabajaba en la habitación de al lado, al ruido del golpe, dejó los pinceles y entró al cuarto... Su dolor fue inmenso... Se echó sobre el cadáver de Constanca intentando cerrar la horrible herida, pronunciando frases de amor y ternura... Se lo llevaron de allí cubierto de sangre. Y ya no quiso sino morir...

—Fue un suicidio horrible —comentó doña Estela—. Parece imposible que se den en la vida casos tan espeluznantes.

—Señora —concluí—, permítame apelar una vez más a Benavente. En el prólogo de *Caperucita asusta al lobo* hace decir a la heroína:

—"¡Que agradable sería nuestra vida si nos la contaran como un cuento... si no hubiéramos de vivirla como una historia!".

## "CANARDS" FAMOSOS

—¿Cuál es la definición correcta de "canard"?  
—me preguntó ayer mi hijo mayor, Luis Enrique.

—Es una voz francesa —le respondí— que significa "pato". Con ella se designa toda noticia falsa destinada a causar sensación.

—Bueno —ripostó mi hijo— ¿no sería mejor decir embuste, mentira, engaño, farsa o embeleco?

—Creo que Roque Barcia no opinaría así. El siempre fue muy exigente: Embuste es toda mentira disfrazada con artificio; mentira es toda expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, cree o piensa; engaño es falta de verdad en lo que se dice, hace, cree, piensa o discurre. La farsa, en el sentido figurado que aquí pretendemos darle, es todo enredo o tramoya para aparentar o engañar. Y embeleco es, por definición, todo embuste o engaño. Todas esas palabras, como ves, llevan implícita la noción de falsedad. Pero con el galicismo "canard" se quiere particularizar tres condiciones: que se trate de una noticia, que esa noticia sea falsa y que tenga por objeto causar sensación. En resumen, todo "canard" es un embuste, una mentira, un engaño, una farsa y un embeleco. Pero lo inverso no es verdad, porque no todo embuste es precisamente un "canard", ni toda...

—Entonces en lugar de "canard" podríamos emplear la palabra bulo.

—Sí, hijo, porque bulo es toda noticia falsa propalada con algún fin. Y ese fin muy bien puede ser el de causar sensación.

—A propósito, ¿recuerdas algún bulo 'o "canard" que haya causado sensación mundial?

—Escucha éste: Hace unos cuantos años se efectuó en Moscú una Reunión Internacional sobre el Origen de la vida. Asistieron notabilidades de la talla de A.I. Oparin, John B.S. Haldane, Fritz Albert Lipmann y los más destacados biólogos del mundo. Como los científicos de la India no pudieron concurrir, enviaron un cablegrama que decía: "Nos place informarles que en nuestro laboratorio acabamos de sintetizar material viviente. Nuestros mejores deseos por el triunfo de la conferencia".

Al leerse el comunicado y ser saludado con calurosos aplausos, un periodista corrió presuroso al telégrafo y pronto el orbe se estremeció con la noticia de que los biólogos de la India habían creado la vida en un tubo de ensayo y que las pruebas oficiales de su enorme triunfo iban ya camino de Moscú...

Los titulares de los grandes rotativos y aun los de los periódicos más modestos se hicieron eco de la colosal noticia y la excitación popular fue tremenda.

—Pero todo era una broma, ¿verdad?

—Sí, una broma que los asistentes a la Reunión entendieron perfectamente. No así el reportero que, como de costumbre, andaba a la caza de algo sensacional y quiso ganarle la delantera a sus colegas. El escándalo tomó tales dimensiones que fue necesaria una negativa rotunda procedente de la

India, seguida de explicaciones de las Academias más famosas, para acabar con el bulo.

Otro caso más reciente —en 1961— también resultó sensacional pero no se debió a error de un neófito.

—¿No querrás decir que los equivocados eran verdaderos científicos?

—Lo eran. Resulta que el 14 de mayo de 1864 cayó en Orgueil, cerca de Tolosa, en Francia, un meteorito rocoso, una condrita carbonosa. Como a las 8 de la noche casi toda la antigua Galia vio un meteoro deslumbrador que cruzaba el firmamento y oyó el ruido parecido a un redoble de tambor, que se propagó a través de provincias enteras, seguido de una explosión estruendosa. Veinte fragmentos de aerolito cayeron sobre Orgueil. El trozo más grande tenía el tamaño de la cabeza de un niño.

Examinado el pedruzco, los sabios de Tolosa y París dictaminaron que era "el producto de la carbonización del meteorito, pues éste se ha convertido en carbón, se ha carbonizado".

La cuestión se revivió en 1961 cuando los físicos Bartholomew Nagy y Douglas J. Hennessey, de la universidad de Fordham, y Warren G. Meinschein, de la compañía Esso de Investigaciones de Ingeniería, presentaron un informe a la Academia de Ciencias de Nueva York en el que expresaban que, habiendo sometido el meteorito de Orgueil a las técnicas más recientes de análisis físico y químico, habían comprobado que provenía de un astro donde existía el agua y en el que, además, eran muy comunes las sustancias que componen las plantas y los animales vivientes. Añadían que "los resultados proporcionan la primera prueba

física de la existencia de vida más allá de nuestro planeta".

Los grandes encabezados de los diarios volvieron a estremecer al mundo: "¡Hay vida en otros planetas!". "¡El meteorito contiene fósiles de vida extraterrestre!".

—¿Y qué hubo al final de ese escándalo?

—Se aclaró que como el meteorito permaneció varios años sobre el suelo de Orgueil se había contaminado con hongos y bacterias terrestres...

—Menos mal que ese tipo de errores no es frecuente entre los hombres de ciencia.

—No lo creas. Por desgracia, la vanidad de creerse descubridores de algo descomunal, a veces nubla razones bien esclarecidas. Tomemos por ejemplo el caso del físico Luis Alvarez. En diciembre de 1956 él y sus colaboradores en el Laboratorio de Radiación de la Universidad de California, descubrieron que una partícula de rayos cósmicos, el mesón mu, negativamente cargado, al pasar a través del hidrógeno líquido hacía que un núcleo de hidrógeno ligero se fusionara con uno pesado. Advirtieron, igualmente, que cuando ocurre la fusión, el mesón mu sale disparado con suma violencia y va a golpear a otro núcleo, repitiendo la fusión. El desprendimiento de energía en cada choque es fantástico, porque al condensarse dos partículas en una sola, parte de su masa se transforma en energía.

Ahora bien, el problema fundamental con la bomba de hidrógeno es que su explosión no ha podido ser controlada, en el sentido de que la terrífica fuerza que de ella emana pueda liberarse tan lenta y pausadamente como nos convenga. ¡Cálculése, pues, cuál sería la sorpresa del mundo científico al ente-

rarse del fantástico descubrimiento de Alvarez! ¡Aquel mesón "catalítico", aquella partícula que provocaba fusiones sin desmaterializarse a su vez, haría al hombre dueño y señor de la fuerza más poderosa del universo!

La noticia conmovió a todos. A sabios y legos. El movimiento en las universidades se hizo presuroso. Todo mundo buscó detalles de la hazaña y muchos intentaron reproducirla. Las notas periodísticas fueron sensacionalísimas: "El hombre se adueña de la fuerza más grande del universo", "El mesón catalítico convierte al hombre en amo de la creación". "¡Nuevo Prometeo le arrebató el rayo a los dioses!".

—¿Y qué resultó de todo ello? ¿Era también un doloroso "canard"?

—Lo fue. No se trataba de una reacción en cadena, puesto que no se producían más mesones. Además el mesón mu tiene una vida muy corta, de unos dos millonésimos de segundo. Y entre muchos millones de mesones observados por Luis Alvarez, sólo uno llegó a causar un par de fusiones.

—No hay esperanza, pues, de que lleguemos a dominar esa fuerza?

—Al contrario. Todos los bulos o "canards" se han basado siempre en una cierta posibilidad. Si se llegase a descubrir o crear un mesón mu de larga vida, podríamos convertirlo en un catalizador práctico. Y entonces...

—Sí... ¡ya lo sé!... Entonces haremos estallar en pedazos el planeta... o nos haremos dueños de la Galaxia...!

## HISTORIA DE LA ESTUPIDEZ

"Un estúpido —decía Benjamín Franklin— siempre tiene talento para ser malvado". Y tenía razón el físico estadounidense porque hasta los más idiotas tienen una capacidad asombrosa para ser perversos.

¿Quién no recuerda el caso doloroso del pastor griego Eróstrato?

Con bastante frecuencia, Eróstrato bajaba de su montaña para visitar la ciudad de Efeso, donde recorría el teatro, el estadio, las termas y el Artemisión. El soberbio templo de Artemisa considerado como una de las siete maravillas del mundo, lo cautivaba y estremecía. Pero el suyo no era ese temblor que se siente en presencia de un objeto bellissimo, o como resultado de una contemplación deliciosa, sino el sacudimiento clónico, patológico que siente el criminal cuando le asalta la idea de cometer un delito. Eróstrato veía en aquella obra una estupenda ocasión de salir del anonimato, un medio sencillo y fácil de lograr la celebridad.

En su mente tortuosa no surgió la idea de copiar o superar la majestuosidad del templo, sino que, al ver el asombro de los visitantes, al escuchar las alabanzas encendidas que prodigaban a tal maravilla, se apoderó de él la obsesión de destruirla para que su

nombre quedase asociado para siempre a esa pérdida inconmesurable.

En el año de 356 antes de Cristo le pegó fuego al templo de Diana, arrasándolo por completo. Los éfesos creyeron enloquecer de dolor. Condenaron y ejecutaron al piromaníaco y, deseosos de que aquel estúpido no se saliese con la suya, decretaron pena de muerte para quien quiera que se atreviese a pronunciar o escribir su repugnante nombre.

Pero todo fue inútil, porque Eróstrato ha quedado inmortalizado. Su nombre se buriló para siempre en los fastos históricos ¡como uno de los seres más estúpidos que ha producido la humanidad!

-oOo-

"La estupidez —afirmaba William Shakespeare— se pasea por todo el orbe, como el sol; dondequiera tropieza uno con ella".

Y aunque la estupidez individual es más común que la colectiva, esta última tampoco escasea.

En el siglo XVI de nuestra Era existió un grupo numeroso de sectarios que sostenía que al ser humano sólo Dios le puede dar inteligencia, y que para ello no se necesitaban libros, ni estudios, ni ciencias. Sustentaba la tesis de que el aprendizaje sólo sirve para deformar y corromper el entendimiento, porque impide que se escuche debidamente la voz de Dios. Y llegaba a tanto su fanatismo, su estéril estupidez, que pregonaba que el mejor medio para salvar sus almas era quemar los libros, renunciar a la escritura y, de una vez para siempre, privarse de leer.

-oOo-

"No hay estúpidos más incómodos —sostenía el moralista La Rochefoucauld— que los que se creen con talento". Los ejemplos son tan numerosos que habría tema para incontables artículos como éste. Citemos, por lo menos, el que narra el doctor Edward Chamberlain, radiólogo de la Escuela de Medicina de la Universidad de Temple:

"Un médico que actuaba en un pueblecito oyó decir que los rayos X hacían caer el pelo. Su gentil y hermosísima secretaria se lamentaba de tener vello en los brazos. Al parecer ignorante de los prejuicios en potencia, el médico administró los rayos con su recién requerida máquina radiográfica portátil. Se produjeron horribles quemaduras con tales radiaciones. Y no sólo se cayó el estorboso vello, sino que a la linda joven tuvieron que amputarle los dos esculturales brazos..."

-oOo-

"Cuando los estúpidos —escribía el poeta Horacio— tratan de evitar un error, incurren siempre en otro". Buena muestra de ello es la que relata el antropólogo Robert Silverberg en su documentado libro *El hombre antes de Adán*.

Según él, en 1907 —el mismo año en que Torreón alcanzó la jerarquía de ciudad— se hizo el descubrimiento de una extraña mandíbula en los antiquísimos terrenos de Mauer. Mediante ese hueso conocióse la existencia de un ser que todavía no era

un hombre, pero que ya casi había dejado de ser un mono.

Desde ese hallazgo sensacional, ningún otro resto perteneciente a dicho ser, al que se le conoce como el hombre de Heidelberg, ha sido desenterrado. No pudo hallarse ni el cráneo ni el esqueleto. "Sólo tenemos —dice Silverberg— la mandíbula enigmática de Mauer, con sus dientes extrañamente modernos. La búsqueda del hombre de Heidelberg ha continuado sin éxito".

Pues bien, en 1953 se tuvo conocimiento de que por fin se había encontrado un cráneo completo, muy bien conservado, de ese fantástico fósil.

Resulta que durante la segunda Guerra Mundial se utilizaron las viejísimas canteras de Mauer para sepultar en ellas cadáveres de las víctimas de los campos de concentración. Y cuando por fin Alemania se rindió a los aliados, se mandó desenterrar aquellos restos para su cabal identificación y entierro definitivo en tumbas consagradas.

El grupo de excavadores que se ocupó de aquella tarea, trabajó en el mismo nivel en que 38 años antes se había descubierto la mandíbula famosa.

De pronto hallaron un cráneo de aspecto muy raro y viejísimo; y no pudieron localizar el esqueleto por más que cavaron ampliamente a los alrededores. Y como el capataz les había prevenido que las excavaciones deberían hacerse con sumo cuidado para no revolver los huesos de aquellos desventurados, tuvieron miedo de que se les considerara como descuidados y se les riñera con severidad.

Tomaron, pues, una resolución suprema: trituraron aquel cráneo para destruir la "prueba" de que habían perdido uno de los cuerpos buscados...

¡Qué ajenos estaban aquellos estúpidos de que acababan de destruir un fósil que databa de millones de años! ¡Qué lejos estaban de imaginar que habían tenido entre sus manos el cráneo del Hombre de Heidelberg, una de las joyas arqueológicas más buscadas por la humanidad!...

## GRANDEZA DE ESPIRITU

La tiranía de Pisistrato tenía desolados a los Atenienses. Por eso fue que a su muerte, ocurrida en el año 527 antes de Cristo, se sintió en toda la población una especie de regocijo feroz, aunque solapado. Pero ese alborozo fue sumamente breve. El heredero y sucesor del tirano, llamado Hiparco, resultó más desalmado, más brutal, más insoportable que el mismo Pisistrato.

Dos jóvenes patriotas, Aristogitón y Harmodio, decidieron sacrificarse en aras de la comunidad, suprimiendo al tirano. Y esta resolución cobró más fuerza por el hecho de que el inaguantable sátrapa tuvo la vileza de ofender públicamente a una hermana de Harmodio.

En el año 514 cayó Hiparco bajo el puñal de los conjurados. Subió entonces al poder el malvado Hipías, cuya crueldad era igual que la de Pisistrato, pero elevada al cuadrado.

Como el nuevo déspota recibió la denuncia de que entre los complotistas figuraba Leena, la hermosísima mujer de Aristogitón, la mandó prender y atormentar para que confesara el nombre de los con-fabulados y el sitio en que se ocultaban.

Leena sufrió estoicamente los tormentos más atroces, sin revelar su secreto. Pero como el martirio

se volvía cada vez más irresistible, temerosa de que la carne llegase a ser menos firme que el espíritu, tomó una resolución suprema: ¡sacó cuanto pudo su lengua y de un mordisco bárbaro, inhumano, despiadado, se cortó el precioso órgano.

Cuando poco después los atenienses pudieron sacudirse a Hipias y éste huyó del Atica, no olvidaron su deuda con los patriotas y con Leena. Aristogitón y Harmodio, fueron immortalizados con las estatuas colosales de Atenas que se convirtieron luego en símbolo heroico de libertad. Y en cuanto a Leena, la bella mártir, fue eternizada con una escultura que se levantó a la entrada de la Acrópolis.

Ahora bien, el mármol dedicado a Leena no plasmó la belleza exquisita de su rostro, ni el encanto sensual de su cuerpo sin par. Materializó más bien la fuerza de su corazón y la grandeza infinita de su alma: la estatua representa a una leona... sin lengua...!

Otro caso sublime de valor sobrehumano, de grandeza de espíritu, lo dio en el siglo III de nuestra Era una mujer noble y buena, generosa y sencilla. Eran los tiempos en que el paganismo cebábase en los primitivos cristianos, en que la fe era un crimen y la religiosidad una imprudencia.

Una jovencita de Alejandría, llamada Apolonia, fue perseguida con saña porque se supo que creía en Cristo y que no adoraba a los ídolos. Capturada al fin, se negó a retractarse de su inmensa fe. Se recurrió entonces al martirio, a una tortura refinada y progresiva, a un suplicio francamente demoledor.

Con tenazas y a viva fuerza le fueron arrancando diente tras diente. Primero los incisivos, luego los caninos y finalmente los molares. Y a cada pieza

dentaria que caía en el canasto, a cada borbotón de sangre que manaba de aquella boca inocente, a cada alarido salvaje de dolor que estremecía el ergástulo, se acompañaba de la pregunta infernal:

—¿Niegas a Cristo?

Y la respuesta, increíblemente terca, llegaba siempre:

—¡No!... ¡No!...

Cuando las encías de la mártir quedaron con los alvéolos vacíos, se encendió una hoguera y amenazaron a la joven con arrojarla a las llamas crepitantes si no abjuraba de sus creencias, si no negaba a su Redentor.

La joven Apolonia no contestó ya esos interrogantes finales.

¿Había desfallecido al fin y al cabo? La fuerza tremenda de su espíritu ¿se había derrumbado ante la brutalidad atroz de su tormento?

¡Nada de eso! Sin decir palabra, se fue recatamente hacia la pira y, sin titubeos, con paso firme, con el rostro iluminado por la fe... ¡se arrojó a la hoguera!

-oOo-

Igualmente heroico y denodado fue el espíritu ciclópeo, acerado, diamantino, de José Damien de Veuster, mejor conocido como el Padre Damián.

En la isla de Molokai, perteneciente al grupo de las Sandwich, existía una numerosa colonia de enfermos, cuyo padecimiento horrorizaba, como ningún otro, a cualquier comunidad. Nadie quería vivir cerca de ellos y estaban en ese islote precisamente para segregarlos de la sociedad. El mal de Lázaro,

esa enfermedad bacteriana que produce el bacilo de Hansen, era repugnante. Las úlceras perforantes de los pies, la pérdida de los dedos que se caían a pedazos, la fiebre y la degeneración de los nervios sensitivos locales, siempre espeluznaron a la humanidad.

El Padre Damián, un misionero belga, pidió ser enviado a Molokai para endulzar en algo la vida miserable de aquellos leprosos. No ignoraba el cuadro horripilante que le aguardaba, ni el riesgo que corría de ser atrapado, a su vez, por el bacilo.

Fue a Molokai y su presencia y ayuda fueron como una bendición del cielo para aquellos desdichados.

La obra de Damián en el islote fue una tarea de romanos. Se constituyó en el paño de lágrimas de todos los infortunios, en la venda generosa de todas las heridas, en el paliativo de todas las úlceras, así somáticas como espirituales. Y los leprosos aprendieron a quererlo, respetarlo y a confiar en Dios.

Al cabo de muchos meses de ímproba labor, la lepra tuberculosa o leonina, atrapó al misionero. Empezaron a brotar en su rostro de asceta unas manchas eritematosas. Luego surgieron en el codo, en la rodilla, en la cara interna de los miembros, aunque no en las palmas de las manos ni en las de los pies.

A partir de entonces el Padre Damián iniciaba sus sermones diciendo "¡Nosotros los leprosos...!"

Y con el transcurso de los años aquella maldición, aquel martirio siempre creciente, se agravó. Las infiltraciones tegumentarias dieron origen a los lepromas, a cuyo nivel y alrededor de los cuales se produjeron zonas de anestesia, es decir, áreas en que se había perdido la sensibilidad.

Finalmente vino lo más monstruoso de su bestial martirio: la frente empezó a ensancharse y a abollarse. Los párpados infiltrados se le cerraron y le dieron el aspecto macabro, horripilante, que en medicina se llama facies leonina, lo que significa "cara de león".

En 1889, a la edad de 49 años, el Padre Damián falleció. Pero sería un error suponer que en su agonía se sintió abatido, o que se estimó derrotado en su tarea evangelizadora, o que se mostró cobarde y fugitivo en su apostolado. Al contrario, se creyó triunfante, se pensó vencedor en su cometido. Y en sus últimos instantes sobre la tierra le dio gracias a Dios por haberle concedido la dicha de poder compartir, en Molokai, las angustias de aquellos infelices. Y, sobre todo, de haber podido sufrirlas espiritualmente... ¡Y en su propia carne...!

## ¡TANDEM FELIX!

Hay seres que parecen nacidos para la tragedia y la infelicidad. La amargura, el dolor y el llanto se diría que son la norma perenne de sus existencias.

Uno de esos infelices azotado por la fatalidad lo fue el químico y bacteriólogo francés Luis Pasteur, descubridor de las formas estereoisómeras de los cristales de tartrato, de las vacunas contra la rabia y el carbunco y, erradicador de la pebrina, enfermedad de los gusanos de seda.

Su hija mayor, Juana, a la que adoraba sobre todas las cosas, murió trágicamente cuando tenía nueve años. Otra de sus hijas, Camila, de dos años, falleció en 1865, a pesar de los desesperados esfuerzos que se hicieron para salvarla. Y al año siguiente Pasteur tuvo el dolor infinito de que su idolatrada hija Cecilia, de doce años, cayese en las garras de un tifo tan virulento que la criatura murió en pocos días, en medio de un delirio espantoso, coreado por los gritos de angustia de María Laurent, la esposa del sabio.

Y como si todo ello no fuese suficiente, en 1871, al producirse la terrible derrota del ejército francés a manos de los alemanes, se supo que había sido aniquilado el batallón en que actuaba como sargento el joven de veinte años Juan Bautista, hijo de

Pasteur, al grado de que los 1,200 hombres que lo componían, sólo habían sobrevivido 300.

El químico genial, junto con su esposa, corrió al campo de batalla de Sedán y allí, entre sollozos, buscó el cuerpo de su hijo. Muchas horas pasó el infeliz matrimonio examinando los cadáveres y visitando los hospitales de sangre, con el alma en un hilo. Y cuando al fin hallaron al vástago, herido y bastante maltrecho ¡dieron gracias a Dios de que hubiese escuchado sus ruegos y les hubiese dejado ese último retoño para consuelo de su vejez!

Otro sabio ilustre cuyo viacrucis es igualmente conmovedor, lo fue Max Planck, físico alemán que recibió el Premio Nobel de 1918 por su teoría de los Cuantos, según la cual el intercambio energético entre materia y radiación se realiza discontinuamente, por saltos discretos.

Al morir su primera esposa, quedaron huérfanos sus cuatro hijos y totalmente deshecho su hogar. En 1909 casó en segundas nupcias y fue padre de otros tres hijos. Desgraciadamente ninguno de los siete sobrevivió. Uno tras otro fueron acabando en forma trágica y dolorosa. Unos en la guerra, como Carlos, el mayor, quien quedó despedazado por la metralla en los campos de la Primera Guerra Mundial, en 1916. Otros cayeron víctimas de la fatalidad, como sus dos guapas mellizas que murieron de parto, con sólo un año de diferencia.

Como Plank era de origen judío, sufrió crueles persecuciones por parte del régimen nazi, las que le amargaron totalmente su existencia. Huyeron de Alemania todos sus amigos, entre los que se hallaban Alberto Einstein y Erwin Schroedinger, dos sabios de primerísima magnitud.

El mismo Plank —narra el Dr. Jay E. Greene— constituyó un muro infranqueable para Hitler. Una y otra vez se negó a prestar juramento de fidelidad al partido nazi. El orgullo prusiano no podía transigir con las atrocidades de los Goebbel y los Hitler.

En 1944 los nazis se volvieron otra vez contra él, ahora un anciano de 86 años, en esta ocasión con una extorsión: le dijeron que si firmaba una promesa de colaboración pondrían en libertad a su hijo, que estaba acusado de conspirar contra Hitler y preso como rehén. Max se negó de nuevo y el único hijo que le quedaba para perpetuar su nombre —Erwin Plank— ¡fue ejecutado en su presencia!

Y como remate a todas estas amarguras, vinieron luego los terribles bombardeos de los aviones aliados que casi lo mataron en compañía de su vieja esposa, los que convirtieron en escombros humeantes su residencia de Berlín, incendiaron su biblioteca y redujeron a cenizas sus más preciosos manuscritos.

Otra vida increíblemente desdichada fue la del físico francés Andrés María Ampere, el descubridor de la ley fundamental de la electrodinámica sobre la acción motora de las corrientes eléctricas; el hombre que realizó una serie de descubrimientos que se han vuelto clásicos en el campo del electromagnetismo, en relación con la asociación de los imanes a las corrientes eléctricas.

"La vida de este gran hombre —cuenta Desiderio Papp en su soberbia *Historia de la física*— estuvo ensombrecida por dolores y amarguras. Su juventud transcurrió bajo el signo de una terrible tragedia: su padre, condenado por el tribunal revolucionario de la época del Terror, murió en la gui-

lloina". El futuro sabio era entonces un niño y fue obligado a presenciar la ejecución, colocado a unos pasos del patíbulo. Los gritos desolados del rapazuelo conmovieron a la multitud y alguien lo sujetó para evitar que se abalanzase contra el verdugo.

Creció luego en el mayor de los desamparos. Hizo sus estudios en medio de grandes privaciones. Se enamoró perdidamente de una joven estudiante de dulce y bondadoso carácter, y la hizo su esposa: pero una enfermedad implacable se la arrebató cuando ella estaba en la flor de la edad y cuando empezaba a hacerlo feliz.

Pasado algún tiempo, se casó de nuevo pero esta vez su cónyuge le resultó una fiera. Regañona, insolente, desalmada, le amargó aún más el resto de su existencia.

"El ocaso de su vida —escribe el príncipe Luis de Broglie en su maravilloso libro *Continuidad y discontinuidad en la física moderna* —estuvo ensombrecido por muchas preocupaciones y terminó tristemente una existencia en la cual la melancolía había sido siempre la nota dominante. A partir de 1829 su salud se altera progresivamente. Su hija Albina, malcasada con un hombre brutal y gastador que la golpea y la obliga a pasar hambres es, para Ampere, una fuente de numerosos disgustos; pues después de largos sufrimientos, Albina acabó volviéndose rematadamente loca. El pobre hombre, envejecido, enfermo, a menudo reducido a grandes estrecheces económicas, ve su vida acabar tristemente.

En 1836, en el curso de una gira de inspección universitaria por los departamentos del Mediodía, contrae una neumonía en Marsella y muere allí,

abandonado de todos, el 11 de junio, a la edad de 61 años.

Fue tanta la tristeza que el destino derramó sobre la vida de Ampere, tanta la amargura y el dolor que destiló sobre su lacerado corazón que, al morir, manos piadosas grabaron sobre su lápida dos palabras restallantes como un látigo, que sintetizan la inmensa desgracia: "¡Tandem Felix!". es decir, ¡por fin feliz!...

## MIEDOS CERVALES

En la iconografía se representa el miedo por medio de un joven con los cabellos erizados, la mirada fija, la boca abierta, la tez pálida y en actitud inmóvil. La fuerza del miedo es tan tremenda que suele nublar la razón y paralizar las funciones vitales.

"El corazón que está lleno de miedo —escribía el genial fraile franciscano Antonio de Guevara— ha de estar, por lo mismo, vacío de esperanza". Y ése fue precisamente el caso de Juan de Poitiers, señor de Saint-Vallier y padre de Diana de Poitiers, la favorita del rey Enrique II de Francia, y mujer tan deliciosamente bella, tan sensualmente conformada, que el escultor Juan Goujon la inmortalizó al esculpirla desnuda e imponente —como una diosa antigua— bajo la figura de "Diana cazadora".

Acusado de un grave delito, el señor de Saint-Vallier fue condenado a la decapitación. Cuando escuchó la sentencia se puso inmediatamente pálido, sus cabellos se erizaron. Abrió desmesuradamente la boca, se quedó inmóvil y permaneció varias horas con la mirada fija. Poco después, sin embargo, empezó a temblar de pies a cabeza y lo acometió una fiebre tan intensa y violenta —llamada luego Fiebre de Saint-Vallier—, que a pesar de que el perdón le

llegó momentos antes de que el verdugo lo ejecutase, no pudo sobrevivir y pocos días después murió... ¡de miedo!

-oOo-

"El miedo —decía el poeta barroco portugués Francisco Manuel de Melo— se ensaña mucho más con los cobardes y en ellos se torna un mal irremediable". Cuando los terribles chaucas invadieron el reino de Xahuar Huaca, en el Perú, devastaron todo a su paso y realizaron actos de crueldad realmente monstruosos. Horrorizado y muerto de miedo, el Inca huyó vergonzosamente. Pero su hijo Ripa Yupanqui, conocido luego como Viracocha, indignado por la cobardía de su progenitor, se puso al frente de sus tropas y no sólo derrotó a los invasores, sino que llevó luego sus huestes victoriosas a la conquista de nuevos territorios que se extendieron hasta Coquimbo y Tucumán.

Al restablecerse la paz, Xahuar quiso retornar y reasumir el poder incaico, pero Viracocha se opuso enérgicamente y destronó a su padre, tildándolo con justa razón, de ser irremediamente cobarde...

-oOo-

"Lo que más se parece al respeto —afirmaba el sardónico escritor Bottach— es el miedo". Tal fue el caso que la historia conoce como el de "los tres motivos del Oidor". ¿Lo recuerda usted?:

Cuando Gonzalo Pizarro se rebeló en el Perú contra el rey de España, fue apoyado decididamente por el capitán Francisco de Carvajal, célebre por las

crueldades que cometió y las cuales le valieron el mote de "el demonio de los Andes".

Al frente de sólo 50 hombres, el feroz Carvajal tomó por sorpresa —el 27 de octubre de 1544— la ciudad de Lima. De inmediato apresó a todos los sospechosos de ser enemigos de Pizarro y en la plaza pública hizo ejecutar a los más destacados y poderosos.

Luego hizo traer a los miembros de la Real Audiencia para que reconocieran, mediante acta solemne, "al muy magnífico" Gonzalo Pizarro como nuevo gobernador.

Temblando como azogados concurren los reales oidores y, por unanimidad, acordaron hacer lo que se les pedía.

Pero el anciano oidor Zárate, de su puño y letra hizo constar, arriba de su firma, las siguientes elocuentes palabras: "Juro a Dios y a esta Cruz, y a las palabras de los Santos Evangelios, que firmo aquí por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo".

-oOo-

Don Francisco de Quevedo y Villegas, el agudo escritor español, decía: "Mejor se puede disculpar al que de miedo se muere, que al que de miedo se mata". El padre de Diana de Poitiers no es el único que ha fallecido de miedo. La historia está llena de casos pavorosos. Escojamos, al azar, uno de ellos:

Miguel Vidal, un rico terrateniente y poderoso comerciante hispano, tenía fama de ser valiente hasta la temeridad y audaz hasta la locura. En

1890, deseoso de escoger por esposa a una mujer excepcional, que fuera tan osada y valerosa como él, tuvo la estúpida idea de someter a su bella novia a una prueba suprema.

Varios espadachines simularon atacar a Miguel en los momentos en que cortejaba a la joven. Chocaron las armas en medio de infernal algarabía. Vidal era un esgrimista tremendo y se defendió con bizarria. Pero los atacantes eran tan numerosos que al fin cayó con el pecho atravesado —aparentemente— por una espada enemiga.

¿Y la dama?

Presenció la desigual pelea con los cabellos erizados y la boca abierta. Y cuando pareció que una espada se hundía en el pecho de su amado, lanzó un grito desgarrador, se acentuó la palidez cadavérica de su rostro... ¡y rodó muerta de miedo!

Al recordar estos hechos no se puede menos que evocar también ese pensamiento profundo y consolador del filósofo chino Chuang Tse:

"¿Cómo sé yo que el amor a la vida no es más que una mera ilusión? ¿Cómo sé que el que teme a la muerte no es como un niño que ha perdido el camino y no sabe cómo volver a su hogar? La fe sincera en Dios se traduce en apasionada confianza en la inmortalidad del alma. Si somos, pues, eternos, ¿por qué tener miedo de perder esta envoltura terrena y transitoria?".

## ENVIDIAS CORROSIVAS

"La envidia —decía Bacon— es un homenaje, aunque tardío, que la inferioridad le rinde al mérito". En tal sentido, una de las mayores pleitesías que se le rindieron en vida al genial pintor Tiziano Vecellio fue el que le tributó un malvado arquitecto cuyo nombre se ha negado la historia a recoger. Y lo raro es que cuando el cáncer de la envidia corroyó el corazón del profesionista, todavía no surgían de los pinceles del artista veneciano sus cuadros maravillosos: *Los milagros de San Antonio de Padua*, *El amor sagrado y el amor profano*, *el Martirio de San Lorenzo*, ni ese prodigio de color, romanticismo y ternura que se titula *Venus con el Amor y la Música*, que ha hecho de Tiziano el mejor colorista de su siglo.

En efecto, el futuro gran artifice era todavía un niño cuando dio elocuentes muestras de lo que llegaría a ser. Su facilidad para el dibujo, su gusto exquisito en la selección de las vívidas tonalidades, su alma romántica, su fina sensibilidad, le llevaron un día a pintar a hurtadillas, en uno de los capiteles de cierto edificio, la hermosa cabeza de una virgen.

El asombro del vecindario fue morrocotudo. A todas horas acudían en tropel centenares de espec-

tadores a contemplar aquel cuadro. El rumor de que en la ciudad había un chiquillo extraordinario, corrió como reguero de pólvora. Y muy pronto eran multitudes las que acudían de todas partes para admirar esa soberbia virgen de rasgos tan perfectos, de rostro tan divino, de color tan estupendo.

Pero el arquitecto que diseñó el edificio sentíase amargado por el hecho de que la gente admirase más un sencillo retrato pintado con jugo de flores, que el despliegue arquitectónico de las mismas construcciones.

Un día no pudo soportar más "aquel homenaje estúpido que se le rendía a un mocoso" y con sus propias manos destrozó la pintura, derribó el capitel y aún demolió la fachada del edificio...

¡Cuánta razón tenía el conde de Segur cuando afirmaba que la envidia es la sombra de la gloria! Pero lo peor es que cuando la dentera es más injustificada, suele ser más corrosiva.

¿Cómo es posible que un emperador —por ejemplo— dueño absoluto de vidas y haciendas, cuya voluntad omnímoda todos acatan y ante cuya presencia todos se arrodillan, pueda envidiar la fama de un pobre poeta sentimental?

Parece mentira, pero Nerón sintió un día envidia de la forma exquisita con que estaba forjada la poesía épica del aedo hispano-latino Marco Anneo Lucano. El autor de *Farsalia*, de *Orfeo*, *Iliacón* y *Saturnalia*; el venerado creador de las *Epístolas*, era reverenciado por las élites y aún por las multitudes. Sus versos se repetían con deleite en todas las reuniones. ¡Y cómo se estremecía de rabia, de despecho, el corazón del emperador ante aquella admiración que se rendía a Lucano!

El colmo llegó —según nos cuenta el historiador Cornelio Tácito— cuando en el concurso quincenal de poesías que estableció el propio Nerón, éste fue vencido por Lucano. Los versos enviados al certamen por Lucano, plenos de dulzura, emotividad, inspiración e ingenio, resultaron tan abrumadoramente superiores a los demás, incluso a los ripiosos y prosaicos del augusto soberano, que los jueces no pudieron otorgarle a éste la victoria.

La furia del monarca no tuvo límites. Prohibió que Lucano leyese en público sus versos. Se vengó cruelmente de los árbitros. Y poco después obligó al poeta a que se suicidara.

El 30 de abril del año 65, rodeado de sus amigos más íntimos y sumergido en un baño de agua tibia, Lucano se abrió las venas. Y mientras la sangre y la vida se le escapaban, se puso a recitar los versos más bellos, los más tiernos, ¡los que más envidia habían despertado en el alma acibarada del emperador...!

"Quejarse de la envidia —escribió el dramaturgo francés Miguel Sedaine— es creerse con bastante mérito para merecerla". Miguel Angel Buonarroti no se quejó jamás de la envidia a pesar de que le sobraban méritos para merecerla.

En una ocasión su pintura debía competir nada menos que con la de Leonardo Da Vinci. Se les encargó que cada quien pintara una parte de la Sala del Consejo. La tarea de Miguel Angel consistía en plasmar un episodio de la guerra de Pisa.

He aquí cómo describe Alejandro Dumas el cuadro que entonces trazó Buonarroti:

"Agobiados por el calor sofocante, los florentinos se bañan en el Arno. En esto, los de Pisa hacen una salida. Al aparecer el enemigo se da la señal de

alarma y todos los soldados acuden presurosos a las armas. Unos, semidesnudos, empuñan su espada; otros se apresuran a cubrir sus mojados cuerpos con sus vestidos, haciendo grandes esfuerzos para ello. El tambor redobla mientras la desesperación y la impaciencia se muestran en los rostros de los desgraciados infantes que no pueden unirse a su bandera".

"Esta obra —añade Dumas— llenó de profundo estupor a los artistas de la época. De todos los puntos de Italia acudían a copiarla o admirarla y estudiarla. San Gallo, Ghirlandaio, Granacci, Andrea del Sarto, Sansovino, el Rosso, Perin del Vaga, el propio Rafael, jóvenes y ancianos, maestros y discípulos, todos se inclinaban silenciosamente ante el soberano artista que, de un solo y gigantesco paso, alcanzaba los últimos límites de lo sublime, más allá de los cuales Dios ha dicho al arte: "¡no pasarás de aquí!".

Benvenuto Cellini es también bastante expresivo al respecto: "Mientras permaneció aquel cartón —dice textualmente en sus Memorias— fue la escuela del mundo. Si bien el divino Miguel Angel ha realizado después la Capilla del Papa Julio, jamás demostró ni la mitad del talento que había enseñado con aquella obra maestra, ni jamás alcanzó tal esplendor como en este primer estudio".

Sin embargo, en medio del coro general de alabanzas, de admiración y respeto que la portentosa obra de Buonarroti provocaba, hubo una discordia fatídica.

Un escultor y pintor que vivía protegido por los Médicis, llamado Baccio Bandinelli, autor de obras tan encomiables como las tumbas de León X y Clemente VII en la iglesia de la Minerva de Roma y del recinto del coro en Santa María del Fiore, en Floren-

cia, sintió una envidia tan grande, tan corrosiva, tan lacerante del alma, al contemplar el asombroso triunfo de Miguel Angel, que en 1512 entró furtivamente y puñal en mano a la sala donde se exponía aquella sublime obra. Y cuando el miserable la tuvo a su alcance, hundió repetidas veces su puñal en el cartón divino, lo hizo pedazos, lo arrojó al suelo, lo pisoteó con furia endiablada y ¡se llevó los pedazos para quemarlos...!

Sí, tenía razón Bacon: La envidia es un homenaje, aunque tardío, que la inferioridad le rinde al mérito...

## LOS LIRIOS PUTREFACTOS

Desde que llegamos al pequeño pueblo de Miahuatlán, Oaxaca, el miércoles 4 de marzo de 1970 para observar el eclipse total de sol del 7 de ese mes, sentimos una piedad inmensa por su gente y su tierra. Nos condolimos de su angustia, su abandono, su pobreza. Tuvimos la impresión de que si Dios determinó que la sombra de la luna cubriera este jirón de suelo mexicano, fue para que volviésemos los ojos hacia él y nos compadeciésemos de sus carencias y del olvido en que se le ha tenido.

A mi memoria vino el libro de Aldous Huxley *Beyond the Mexique Bay*, en el que relata su paso por Miahuatlán, 38 años antes:

"Pies descalzos —escribe— se mueven silenciosamente y, bajo un sombrero de alas enormes o bajo un chal ajustado a la cabeza, se pueden ver los ojos de mirar reptilesco de un indio.

"Los lirios que se pudren huelen peor que la mala hierba... Aquí en Miahuatlán no hay podredumbre, porque nunca ha habido lirios. Aquí hubo y hay apenas la tenaz mala hierba de una primitiva vida humana. Si usted es un ser humano primitivo, tendrá placer en vivir aquí. Pero si uno ha llegado a un lugar donde se pueden oler los lirios, experimentará

una depresión indescriptible... Si Miahuatlán fuera la única alternativa posible a Middlesborough, habría que suicidarse de inmediato. Felizmente no es la única alternativa".

Ya estábamos prevenidos, pues, de lo que encontraríamos. Pero la realidad estrujante nos conmovió todavía más que las crueles palabras del autor del libro *Un mundo feliz*.

Los pies descalzos siguen deslizándose sobre la tierra suelta. En la plaza todavía puede verse a "las indias de ojos adormilados, sentadas en el suelo polvoso, cada una de ellas con un puesto en el que se pueden ver tres chiles, nueve plátanos y media docena de tomates, colocados geométricamente en pequeños montones sobre el suelo, frente a la vendedora". En los campos, las yuntas de bueyes cansinos, acicateados con la aijada. En las eras, los plantíos interminables de higuierilla que harán la riqueza y la dicha de todos... menos la de los indígenas.

Los nativos son desconfiados y silenciosos. Hay dificultad para vencer su recelo de siglos. Se diría que temen que el visitante les arrebate lo poco que aún les queda. Pero cuando al fin se vence su reticencia, cuando acceden a levantar la cortina de hierro de su infinita amargura, ¡qué afables son, qué buenos hombres!

Sus héroes máximos son don Benito Juárez y don Porfirio Díaz, oriundos de la tierra oaxaqueña. Y ¡cómo brillan, cómo chispean los ojillos de los viejos cuando evocan la batalla de Miahuatlán del 3 de octubre de 1866, o la de la Carbonera, del 7 de octubre de 1865, ganadas por México a los franceses y en las que se partieron el alma los padres de todos ellos!

Lo que no entendían muy bien los miahuatlecos es por qué había ahora más visitantes, más animación, mayor alegría, que los que hubo en las fiestas del centenario de la grandiosa batalla de Miahuatlán...

El día 6 de marzo, por la noche, durante la fiesta que el poblado les ofreció a los sabios visitantes, pudimos corroborar el olvido en que se tiene a ese glorioso poblado.

En el festejo estuvieron presentes el gobernador del Estado —que por entonces lo era el ingeniero Víctor Bravo Ahuja— y los ministros de Educación Pública, licenciado Agustín Yáñez, y de Relaciones Exteriores, licenciado Antonio Carrillo Flores. Y ni por ello se le tendió la mano gubernamental a Miahuatlán para que se transformase.

En la plaza pública de San Andrés, frente al monumento erigido a la memoria del Indio de Guelatao, se improvisaron los asientos de la concurrencia a base de grandes tablonces sin cepillar, montados sobre fardos que contenían nada menos que los libros de texto gratuitos que luego habrían de repartirse entre los escolares. Cuatro policías se esforzaban por mantener el orden frente a una multitud que colmaba la plaza y que, invadiéndolo todo, llegó a obstruir totalmente la visibilidad de los científicos agasajados, impidiéndoles apreciar la rítmica belleza, la delicia inefable de la Guelaguetza o de la bulliciosa y encantadora zandunga.

Fue entonces cuando comprobamos todo el olvido en que se tiene a Miahuatlán. Es absoluto. Si iban a concurrir los Ministros ¿cómo es que el gobernador no acudió a cubrir las deficiencias económicas del municipio?

Cuando la emperatriz Catalina II de Rusia decidió hacer una visita a las provincias del sur, en su país, su favorito el socarrón Gregorio Alejandro Potemkin se le adelantó. Y para que la soberana no se diera cuenta del abandono, la miseria y la angustia en que vivían sus gobernados, Potemkin hizo construir casas y jardines desmontables, a lo largo del camino y los llenó de campesinos satisfechos, llevados de las cercanías de la capital y aleccionados para que vitorearan a Catalina. Aquella prosperidad aparente, esa felicidad en que parecía vivir la población, le valieron a Potemkin el título de Príncipe de la Táurida con que lo premió la soberana.

¿No había leído Yáñez —nuestro gran literato— la descripción escalofriante que Huxley hizo del Miahuatlán de hace años? ¿No tenía Bravo Ahuja —a fuer de buen político— los arrestos o la imaginación diabólica de Potemkin?

Por lo contrario, si el señor gobernador de Oaxaca lo hizo deliberadamente para que los ministros —como nosotros— se estremecieran de conmiseración y de lástima, ojalá que con ello hubiera podido obtener la ayuda federal para esa región de México. Pero no la obtuvo.

Aquella misma noche, en plena fiesta, un estudiante de la Universidad de México se apoderó del micrófono y pidió a gritos que esa visita a Miahuatlán con motivo del eclipse no fuera la única ni la última que efectuasen los ministros. Afirmó que Miahuatlán carece de todo y que tiene derecho a gozar un poco los adelantos de la civilización.

Por otra parte, todos los visitantes recibimos sólo finezas de la población. No tuvimos queja de ella. Al terminar la fiesta, todos los habitantes del

poblado cantaron a coro, dedicándola a nosotros, la Canción Mixteca, con la que cada quien evocó la imagen de su propio pueblo.

Y cuando poco después ascendíamos de nuevo la empinada cuesta que conduce a la cumbre del Cerro del Metate, donde los astrónomos mexicanos se aprestaban a estudiar el eclipse, le dimos la razón a Huxley: "Los lirios que se pudren huelen peor que la mala hierba... Aquí en Miahuatlán no hay podredumbre porque nunca ha habido lirios..."

## LOS MALOS POETAS

Para los especialistas, los rasgos propios de la poesía son: el contenido eminentemente emocional o imaginativo; la relativa brevedad; la concentración emotiva que se manifiesta en el aco- plamiento de pensamiento y expresión; el uso preferente de la imagen y, por último, la presencia del ritmo, en un grado de regularidad que sobrepasa al de la prosa, conseguido mediante acentos recurrentes, rima, estrofa y otros efectos musicales.

Poesía, para la generalidad, es romance, dulzura, ensueño, ilusión, amor, belleza, ternura. Pero ¡qué difícil es llegar a beber de las purísimas aguas de la Fuente Castalia! ¡Cuántos obstáculos han de vencerse para merecer de veras el dulce nombre de poeta! ¡Cuántos aspirantes al título no llegan jamás a conquistarlo!

Corren por el mundo tales torrentes de mala poesía que cuando el Regente de Francia le pidió a Bernardo Le Bouvier de Fontenelle, una norma fácil y segura para poder juzgar atinadamente el valor de las obras escritas en verso, el secretario perpetuo de la Academia le dio la siguiente:

—Monseñor, si de algo vale mi consejo, decid siempre que son muy malas. Con esta regla, de cien veces no os equivocaráis más que en dos.

Para el exquisito poeta Gaspar Núñez de Arce, la poesía para ser grande y apreciada, debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva, extraño a cuanto le rodea y siempre lo mismo. Es preciso que remueva los afectos más íntimos, abriendo surcos, y cuanto más ahonde, cuanto más penetre y encarne en las entrañas de un pueblo y de una época, tanto más estimada será, tanto más sentida y menos disputada su influencia.

Los malos poetas abundan como la mala hierba. Y lo peor es que ellos son los últimos en darse cuenta de su torpeza.

Luis XIV, el déspota que arruinó a su país con su manera absolutista y caprichosa de gobernar, era también un poeta en ciernes; pero de tan poca inspiración y tan baja calidad formal, que no obstante que el propio monarca presionó para que la Academia Francesa recibiera en su seno al poeta Nicolás Boileau, éste nunca se prestó para engañar al real y novicio bardo. Y un día en que el rey le mostró unos versos que había compuesto y le solicitó su opinión, le respondió:

—¡Oh, monseñor! Nada hay imposible para Vuestra Majestad. Habéis querido hacer unos versos malos y ¡con qué facilidad lo conseguisteis!

En la mayoría de los casos no son la ternura, ni la belleza, ni el amor, los que inspiran al presunto vate, sino intereses mezquinos.

Se ha vuelto clásico el caso que le sucedió al notable aunque ampuloso poeta español don Juan

Nicasio Gallegos, autor de la *Oda al Dos de Mayo*. Relata que en 1839, poco después de su regreso a la patria —de la que lo habían exiliado por sus ideas liberales— se le presentó un joven oficial pidiéndole su opinión sobre un soneto laudatorio que había redactado en honor del general Zambrano, comandante de la Guardia Real. El mozo aspiraba a ingresar en esa guardia y había confeccionado su soneto con alabanzas exageradas.

—Amigo —le dijo don Juan Nicasio— su soneto no podrá hacerlo entrar al Parnaso; pero a la Guardia Real ¡es seguro que sí!

Otros muchos versificadores no vierten jamás en sus escritos las emociones ni las imágenes; no acoplan la expresión al pensamiento, ni imprimen a sus creaciones ritmo ni musicalidad. De una gran cantidad de poemas podría decirse que si jamás se hubiesen escrito... ¡daría lo mismo!

Pero eso sí, abundan los que quieren que se lean sus versos. Cervantes, el Manco de Lepanto, decía cruelmente que unos poetas se niegan a recitar sus versos, y otros, cuando no se los piden, los vomitan.

Un poeta malo, pero terco en vomitar sus versos, lo fue Dionisio I, apodado El Viejo. A pesar de que guerreó constantemente contra los cartagineses y de que se apoderó a viva fuerza de la Italia meridional, se daba tiempo para poetizar. Hacia el año 360 antes de Cristo, sus tropas capturaron al poeta griego Filoxenes. Y como Dionisio le reconocía sus méritos literarios, lo trató espléndidamente y le consultaba con frecuencia sobre la calidad de los poemas reales.

El aedo heleno, hombre de temple y azás imprudente, no se andaba por las ramas y con franqueza

ruda le decía al tirano de Siracusa que sus versos eran malísimos. Hasta que un día, cansado Dionisio de soportar sus críticas, lo condenó a trabajos forzados en las canteras de las cercanías.

Poco después, sin embargo, como viniesen al magín regio nuevas ideas para crear otro esperpento, elaboró el nuevo "poema" y mandó traer a Filoxenes para que lo juzgara.

El griego oyó con todo cuidado la lectura de la composición y luego, agitando en sentido negativo la cabeza, le dijo al rey:

—¡Enviadme de nuevo a las canteras...!

## ESCANDALOS MORROCOTUDOS

43 Años tenía Francisco Renato, vizconde de Chateaubriand, cuando en 1811 el emperador Napoleón Bonaparte presionó para que se le admitiese en la Academia Francesa. El autor de *El genio del cristianismo* había sido objeto de ataques durísimos por parte de varios escritores y muy particularmente del académico María José Chenier. Los ataques se referían a la forma en que el vizconde centra su atención en las relaciones del cristianismo con la expresión artística y literaria.

La vacante que Chateaubriand debía cubrir en la Academia era precisamente la de Chenier y, según la costumbre establecida, en su discurso de recepción el ingresante debía hacer el elogio póstumo de la obra de su predecesor. Pero Chateaubriand no lo hizo así. Y cuando los académicos y una selectísima concurrencia —entre la cual se hallaba el emperador— se aprestaban a disfrutar de un trozo literario laudatorio cuidadosamente pulido y acicalado, escucharon horrorizados que el nuevo académico, lanza en ristre, arremetía contra Chenier, que tan mal le había tratado antes, vapuleándolo en términos tan cáusticos y despectivos, que todos se sublevaron.

Gritos de protesta atronaron la augusta sala. La concurrencia, puesta en pie, increpó al orador. El emperador no lo dejó continuar, ordenando se suspendiese la ceremonia. El imprudente y rencoroso vizconde hubo de expatriarse.



Otro escándalo que tuvo grandes resonancias fue el que provocó en 1523 el satirista italiano Pedro Bacci, apodado El aretino.

Por la crudeza de sus obras y singularmente por la ferocidad agresiva de sus sátiras, el aretino se hizo muy popular, pero sufrió destierros y castigos infamantes por sus acerbas críticas.

Vivía en una sociedad pacata y recatada y, sin embargo, no tuvo empacho en agitarla y horrorizarla con sus despiadados ataques y sus leperadas.

Un día hizo que Julio Romano —discípulo favorito del gran pintor Rafael— trazase unos dibujos primorosos, pero francamente pornográficos, y al pie de ellos publicó sus dieciséis "Sonetos lujuriosos".

El impacto sobre la sociedad fue tremendo y el escándalo que se armó inenarrable. Aretino hubo de marchar, como Chateaubriand, al ostracismo.

Algo más de tres siglos después del escándalo provocado por los "sonetti" del Aretino, se suscitó el de "Les Fleurs", de Baudelaire.

El gran poeta francés Carlos Baudelaire, figura destacada lo mismo en los más altos cenáculos literarios que en los más inmundos lupanares de la bo-

hemia, pasó los últimos años de su vida dominado por la angustia y el pesimismo.

Quince años después de haber iniciado sus tormentosos amores con la mulata Juana Duval; tres lustros después de haber descendido con ella a lo más profundo y degradante del vicio, publicó su libro de versos *Las flores del mal*, "colección poética—dice un comentarista—ligada al romanticismo por sus notas de satanismo, complacencia con el mal, atracción de lo macabro y sentimiento enfermizo de pecado; y al parsianismo y al simbolismo por su exquisitez formal y que le aseguró para siempre un puesto excepcional en la historia de la literatura".

Los círculos literarios tradicionalistas, la sociedad entera, se sintieron ultrajados por seis de los más audaces poemas contenidos en "Las flores". El escándalo tomó características nacionales y Carlos Baudelaire fue procesado por ofensas a la moral. La condena consistió en multa de 300 francos y la prohibición de la obra, recogiénose el tiraje de la misma.

Después de nueve años de aquel escándalo, Baudelaire, que había sufrido ya el primer ataque de parálisis que inmovilizó la parte derecha de su cuerpo, volvió a editar *Las flores del mal*. Suprimió los seis poemas proscritos y los substituyó por otros. Y como protesta de su parte por aquella mutilación, tituló el nuevo tiraje con el nombre de *Les epaves*, es decir: *Los despojos*.

En tiempos recientes los escándalos han menudeado a pesar de que la sociedad en general y las costumbres, han adoptado, en muchísimas partes, una manga muy ancha. Escojamos al azar un ejemplo:

Según cuenta Alvaro Retana en su preciosa *Historia del arte frívolo*, en materia de escándalos hay que tomar en cuenta el que se armó en el Teatro Prince, de Madrid, en el debut de Antonia de Cachavera, sensual y picaresca bailarina que había hecho una creación espectacular de la machicha, ese baile de origen negro que estuvo en boga en París a principios del siglo XX y que se extendió luego por toda Europa.

"Se llevaba a escena —cuenta Alvarito— la revista de Luis Larra, con partitura de Rafael Calleja, *La diosa del placer*, y dentro de ella, Toña, en unión de las guapas tiples Elvira Lafont, Pepita Sevilla y Ascensión Méndez, interpretaron una machicha bochinchera tan movida, tan sensual, tan provocativa y desvergonzada, que originó gran alboroto entre el público. Tuvo que intervenir la policía para contener centenares de peleas a puñetazo limpio, suscitadas entre los espectadores que aprobaban y aquellos que condenaban los movimientos lúbricos y atrevidísimos de las hermosas "vedettes". Se detuvo a las artistas y se las sujetó a proceso. Pero el proceso fue estrangulado y las cuatro procesadas absueltas, con pronunciamientos favorables".

A partir de entonces se tuvieron en el Price llenos fantásticos. En 1935 Antonia de Cachavera realizó una temporada en Bilbao, y la autoridad, recordando aquella trifulca ocurrida en el teatro madrileño, enviaba todas las noches dos docenas de

fornidos guardias de asalto, provistos de contundentes porras, para obligar al auditorio masculino a guardar la debida compostura...

## EL SEXO DEBIL

"Dios ha creado a la mujer —solía decir la hermosa madame Dubarry— para inspirar amor y calmar la salvaje furia del hombre". Esta es una verdad de a folio. Cuando Livia Drusila —una belleza casi perfecta— se presentó ante Octavio Augusto para implorarle de rodillas le concediera clemencia a su esposo (que estuvo complicado en la guerra sangrienta de Perusa), nadie daba un denario por la vida de Tiberio Claudio. La opinión general era que la misma Livia se jugaba la existencia con su rogativa, porque el futuro emperador estaba poseído por una furia salvaje.

Pero Augusto se sintió conmovido al ver anegados en lágrimas unos ojos tan hermosos. Su corazón se estremeció de ternura al escuchar una voz tan dulce y acariciadora. Su pulso tembló al posar su mano sobre unos cabellos tan sedosos y perfumados, peinados con inigualable coquetería. Su alma se recreó contemplando embelesado a esa semidiosa que el destino le enviaba, y se enamoró perdidamente de ella.

Perdonó a Tiberio, pero lo obligó a divorciarse de Drusila. Y ya libre ésta, Augusto la buscó para rogarle que se casara con él.

Dice la historia que aquella mujer singular fue una magnífica emperatriz. No sólo se hizo adorar de su esposo, sino que todo el pueblo llegó a idolatrarla por su gran inteligencia, su vasta cultura, su exquisita elegancia, su extrema docilidad, su infinita ternura, su intachable conducta. Y, sobre todo, por su extraordinaria habilidad para contener y aconsejar a su marido.

Su influencia sobre Augusto fue tan benéfica y tan irresistible, que varios historiadores afirman que el emperador dominaba al mundo... ¡pero obedecía a Livia!...

oOo

"La mujer —escribió con ironía Alejandro Dumas, hijo, el celebrado autor de *La dama de las camelias*— es más débil que el hombre. Fue lo último que hizo Dios, descansando después; así es que se nota en ella la fatiga del Autor del Universo". Esta es una mentira, también de a folio. La mujer es, tal vez, la obra suprema de la creación. Su influencia y su poderío suelen ser incontrastables. ¿Quién no recuerda el caso increíble de Catalina Mansdotter?: "Hija de un rústico cabo de guardia —dice de ella el historiador Federico Carlos Saiz de Robles— y de una maldiciente verdulera, vivía en el mercado de Estocolmo, sucia, harapienta y pícara... ¡pero de una graciosísima belleza, verdaderamente deslumbrante! Catalina era el ídolo de los hampones, galloteros, vagabundos, menestrales y obreros de la capital de Suecia. Sus pretendientes se contaban por centenares, y entre ellos se suscitaban continuas riñas

que presenciaba Catalina muy satisfecha y hasta animadora de los púgiles. Al vencedor solía premiarle con un beso, y al vencido lo consolaba con un nabo".

Pasando un día por la plaza del mercado el futuro Erico XIV, joven príncipe sentimental, sencillo y soñador, conoció a la sugestiva Catalina Mansdotter y se enamoró locamente de ella. Ni el padre cabo, ni la madre verdulera, ni los pretendientes hampones, ni la educación callejera de la garbosa muchacha, lograron sobreponerse al amor inmenso de Erico.

El joven príncipe hizo instruir rápidamente a su amada y se casó con ella. La boda fue sumamente pintoresca. En ella estuvieron presentes todos los artesanos, obreros, vagabundos y hambrientos de Estocolmo. Pero Catalina no fue reina sino durante tres meses. Los hermanos de Erico se sublevaron contra él y lo metieron en prisión, juntamente con Catalina. En 1753 fue separada de su esposo. El joven rey quedó tan deprimido por la separación, que no pudo sobrevivir.

Al quedar viuda, le fue regalado a Catalina el señorío de Liukiana. Ella supo hacer uso noble de su fortuna, favoreciendo incansablemente a sus antiguos amigos y su pueblo todo. No obstante su humilde origen, merced a su gracia, su belleza, su maliciosa picardía y la fuerza arrolladora de su personalidad, pasó por la vida como una verdadera reina, como la hermosa Cenicienta de un cuento de hadas de Perrault...

-oOo-

"La mujer —afirmaba Shakespeare— es un manjar digno de los dioses... ¡cuando no lo guisa el diablo". Al lector amable tócale refutar lo dicho por el inmortal autor de "Hamlet". Limitémonos a narrar un caso alusivo. ¿El de madame Tallián? ¿el de Terencia? ¿el de Laura Bassi? ¿el de Isabel de Portugal? ¿acaso el de Hortia?

Tomemos al azar una sabrosa anécdota que refiere don Vicente Vega:

"Cuéntase —dice el célebre escritor español— que al día siguiente de una discusión en el Ateneo, en que el poeta don Ramón de Campoamor se había mostrado hasta cierto punto librepensador y heterodoxo, le encontró uno de los que habían sido sus contradictores, en el momento en que salía de la misa en una iglesia cercana a su casa.

—¡Calle, don Ramón...! ¿Oye usted misa?

Y el poeta romántico hispano contestó no sin cierta ironía:

—Bueno... ¡entre oír misa u oírle la boca a mi mujer...!

-oOo-

Mientras el lector amable da su propia opinión, yo repetiré con toda mi alma, la frase de Eusebio Blasco:

—La mujer es un abismo. (Téngame usted el sombrero, que me voy a precipitar...!)

## RIVALIDADES FAMOSAS

—¿Es cierto, papá —me preguntó ayer Luis Enrique—, que existió una rivalidad enconadísima entre Bretón de los Herreros y Pedro Mata?

—Es verdad —respondí—. Aunque Bretón era de carácter alegre y abierto, la envidia de sus coetáneos cebóse contra él. Sostuvo innumerables polémicas. Tuvo incluso un lance personal que le costó la pérdida del ojo izquierdo. Y se volvió huraño y violento...

—Pero, ¿cómo fue posible esa enemistad? Tengo entendido que Pedro Mata, el novelista español que prosiguió la obra de Vicente Blasco Ibáñez, de Felipe Trigo y de Eduardo Zamacois, nació en 1875 y murió en 1946; y como Manuel Bretón de los Herreros murió en 1873, resulta que...

—Sí, ya sé a dónde vas a parar. Cuando murió Bretón todavía no nacía Pedro Mata, el autor de las famosas novelas eróticas *Corazones sin rumbo*, *Un grito en la noche*, *Muñecos*, *Las personas decentes*, etc. Pero con quien rivalizó Bretón fue con Pedro Mata y Fontanet, médico, escritor y filósofo español, nacido en 1811 y muerto en 1877. Este, como Manuel Bretón, era de armas tomar. Participó en asonadas y revueltas. Fue encarcelado y desterrado

por sus fogosos artículos tendenciosos publicados en *La joven España*. Como se le achacaban tendencias materialistas y antirreligiosas, Bretón lo hizo objeto de furiosos ataques y críticas. Pero el secretario perpetuo de la Real Academia no fue a Roma por la respuesta, porque Mata y Fontanet le ripostó en forma cruel y despiadada.

—¿Quién ganó la polémica?

—Bretón, desde luego. Su fama literaria, cimentada en obras de la calidad de *Marcela o ¿Cuál de las tres?*, *A la vejez*, *viruelas*, *Lujo e indigencia*, *Los dos sobrinos*, *A Madrid me vuelvo*, *Muérete y verás*, etc., resultó muy superior a la del banquero y doctor Pedro Mata, quien como poeta era bastante mediocre, y como dramaturgo y novelista, sus mejores obras, tales como *Las amazonas*, *Eloísa y Abelardo*, *Los moros del Rif* y *Los mártires de Siria*, resultaban inferiores a las de otros contemporáneos suyos, como el duque de Rivas, García Tessara y José Zorrilla. De todas maneras, son muy famosos los crueles y acerados epigramas, llenos de bárbaro sarcasmo, que se cruzaron ambos rivales. Mata terminó defendiéndose de los cargos de irreligioso con un libro notable que denominó *Vindicación*. Y en cuanto a don Manuel, tuvo la dicha de que fuera a visitarlo un gran admirador suyo, don Pedro de Braganza, el emperador del Brasil.

—Bien decía el humanista ecuatoriano don Juan Montalvo —comentó Luis Enrique— que donde cabe la rivalidad no ha lugar para la virtud; de ella proceden mil desgracias y aún pueden nacer delitos.

—Así es —corroboré—. Pero han ocurrido otras rivalidades históricas que han terminado de modo diferente. Cuando Carlota Grisi, una jovencita

italiana, debutó en el Teatro Comunale cantando la Zalmira de Rossini, volvió loco al auditorio. Luego trastornó de igual entusiasmo a los públicos de Florencia y Milán, con interpretaciones fantásticamente hermosas de Semíramis y Desdémona. Estas presentaciones triunfales cayeron como un rayo en el camino de otra cantante prodigiosa, María Alboni, una diva elogiadísima por la crítica mundial, admirada en los teatros más famosos y, por entonces, la tiple más buscada y mejor pagada del orbe.

Al saber los éxitos apoteóticos de la Grisi, María se esmeró como nunca en sus interpretaciones. Su voz cobró tonalidades increíbles y se dijo que nadie había cantado jamás así el papel de Lucrecia Borgia. Fue invitada a Londres, donde le pagaron la fabulosa suma de cien mil libras esterlinas. Triunfó luego en Viena y San Petersburgo. Inauditas parecieron luego sus versiones de Semíramis, Cenerente, El profeta y, sobre todo, de La Dama del Lago. Se declararon admiradores y devotos suyos, músicos de la talla de Brahms, Liszt, Rubinstein, Faure y Rossini.

—¿Perdió, entonces, Julieta Carlota Grisi?

—Aguarda un poco. La voz de la Grisi era admirable. Estaba llena de matices y era riquísima en modulaciones. La crítica más severa declaró que Rosini, Mozart, Donizetti y Bellini jamás habían tenido una más excelsa intérprete. Cuando debutó en París, produjo tal entusiasmo que se dijo que Francia había sido cautivada por una cantante.

"La Grisi —escribió un crítico galo— con su soberbia cabeza de diosa, su frente de reina, su busto admirable, tallada en el más exquisito mármol de

Pharos, no tiene posible rival en las tragedias líricas. Su voz es sencillamente divina".

María Alboni, en 1847, tuvo curiosidad de escuchar a su "enemiga". Acudió al teatro y oyó, con el alma en un hilo, a la Grisi. Al terminar el primer acto abandonó el local y...

—Despotricó contra ella, ¿no fue así?

—No, no fue así. Cuando terminó la representación, cuando el auditorio se volcó en aplausos estruendosos para la joven cantante, apareció María Alboni en el escenario. Y sin decir palabra, arrojó a los pies de la Grisi una corona de laurel y la abrazó llorando...

—Fue un gesto sublime el de María Alboni. Ese acto suyo no fue su derrota, sino su mayor triunfo. ¿No fue el jesuita francés Luis Bourdaloue el que dijo: "Muchos se han perdido por el brillo de sus talentos, de sus triunfos, de sus milagros; pero nadie se ha perdido por los sentimientos de una verdadera y sólida humildad"?

—He allí una cita preciosa y oportunísima —comenté—. El alma de María Alboni, también una cantante soberbia y excepcional, estaba por encima de la cloaca de las envidias groseras. No sólo tenía una voz hermosa, sino que era poseedora de un corazón divino. Y ya que hablamos de rivalidades, creo que no deberíamos pasar por alto la de Parrasio y Zeuxis.

—Los dos grandes pintores griegos del siglo V antes de Cristo?

—Los mismos. Parrasio, que tanta influencia ejerció sobre los mosaicistas romanos, era uno de los grandes maestros de la antigüedad. La precisión de su dibujo y la naturalidad de su colorido, en opinión

de sus admiradores no tenían rival. Por su parte, Zeuxis poseía una técnica revolucionaria y dominaba a la perfección el arte de fundir las sombras. La preferencia de los griegos se dividió por igual en favor de ambos ídolos.

Un día, Zeuxis quiso que se definiera cuál de los dos rivales era el mejor y logró que se organizara la competencia. Cada uno de los dos artistas debía enviar a concurso su mejor cuadro. El de Zeuxis, a decir verdad, era delicado, primoroso, perfecto. Representaba un ramo de uvas. Pero era tal su naturalidad, que algunos pájaros se acercaron al cuadro para picotearlo...

—Y el cuadro de Parrasio ¿qué representaba?

—No se veía muy claro porque estaba cubierto por un gran velo. Precisamente fue Zeuxis quien preguntó: "¿Por qué no han develado e, cuadro de Parrasio?. Y adelantándose unos pasos trató de levantar aquel velo. ¡Y cuál no sería su sorpresa y asombro al ver que el velo no existía en realidad, sino que también estaba pintado!

Zeuxis, como María Alboni, era grande de espíritu. Reconoció lealmente que había sido vencido, porque si él había logrado engañar a los pájaros, Parrasio lo había engañado a él mismo. Y aunque no lloró como la gran cantante, sí abrazó cordial y sinceramente a su divino rival...

## VALOR SOBRENATURAL

La peña taurina hallábase reunida aquel domingo 18 de julio de 1976 en la residencia de mi sobrino Felipe Armando Saavedra Castruita (que en paz descanse), y éste y su guapa esposa Olga desvivíanse atendiendo a los concurrentes, entre los que se hallaba, como invitado de honor, el torero de casa, Ricardo Castro. Al lado del diestro estaba el joven director teatral lagunero Fernando Saavedra (también ya, desgraciadamente, fallecido) y quien por entonces fungía como catedrático de arte teatral en la prestigiada Universidad de Chihuahua. No podía faltar, desde luego, el buen cronista Toño Verduzco Lecou.

Como es natural, hablábase de oro, seda, sangre y sol. Y siendo la fiesta brava, por antonomasia, un derroche de gracia y valor, la conversación recayó en el tópico de la valentía.

—¡Claro que los matadores también sentimos miedo! —dijo el esteta torreonense—; pero nos esforzamos por dominarlo. Antes del paseillo se siente algo de angustia. Esa especie de zozobra aumenta en los instantes en que está por salir el primero de nuestros bureles. Pero disminuye en cuanto uno extiende el capote para fijar a la fiera. Y cuando, después de

bajar las manos con suavidad, con los pies juntos, sin enmendarse un ápice, prodíganse una, dos, tres, cinco verónicas ajustadísimas y se oyen los ¡olé! de la multitud... y en medio de la ovación se remata con ceñidísima rebolera, ya ni quién se acuerde siquiera de que existe el pánico. El aplauso de la gente, créanmelo, es el mejor remedio contra la pavora...

—Tengo entendido —interrumpió Felipe Armando— que un público hostile, burlesco, desconsiderado, puede obligar también a un matador a realizar prodigios de valor, rayanos en el suicidio.

—Es cierto —respondió el torero—, pero para que eso dé resultado se requiere que el matador, además de valiente, sea pundonoroso.

—Efectivamente —tercié—. Hay veces que la multitud con sus chirigotas desespera al matador y lo obliga a ir más allá de lo que aconseja el valor sereno como el de Ricardo Torres el popular "Bombita", uno de los toreros más valientes que han existido. Una tarde, en Madrid, lidiaba un toro quedado y reservón. Los villamelones —que también abundan en España— se metieron con el diestro y lo hicieron perder la paciencia y aún la más elemental prudencia. Y al tomar los bártulos para ir a matar al bicho, le dijo a Belluga, su amigo íntimo: "¡Véte a esperarme a la enfermería, que enseguida voy!"

—¿Y fue? —preguntó doña Olga.

—¡Claro que fue! Los miembros de su cuadrilla lo llevaron en brazos, chorreando borbotones de sangre, que manaban de una cornada horrorosa. Pero eso sí: el morlaco había quedado en medio de la arena con las patas hacia arriba, merced a un señor estocononazo!

—El valor de Ricardo Torres —comentó Fernando Saavedra— me recuerda el de los famosos kamikases, aquellos aviadores japoneses que durante la Segunda Guerra Mundial se suicidaron para buscar la victoria de su patria: tripulando aviones cargados de altos explosivos, desafiaban el fuego enemigo y llevaban sus aparatos a estrellarse contra los destructores y acorazados del rival. Pero este sacrificio era voluntario. A ellos lo que les interesaba era vencer.

—Esa —dije yo— era la vieja fórmula de Pompeyo, el general y estadista romano a quien se conoce en la historia como "el grande". En lo más arduo de la batalla en que derrotó a Mitrídates, uno de sus generales se acercó a Pompeyo y le advirtió que corría grave peligro de morir si se obstinaba en luchar como un soldado. En los fastos históricos ha quedado grabada con letras de oro la respuesta rutilante, apasionada, tremenda, de Pompeyo: "¡Aquí no se trata de vivir... sino de vencer!"

—Profesor —interrogó doña Olga, tendiéndome una copa de coñac— ¡cuál es, en la historia universal, el ejemplo más conmovedor, más emocionante, más patético de un valor sobrenatural?

—Es difícil decidirlo, señora —respondí—, porque las muestras son muy abundantes. Sin embargo, evocaremos una de las que, sin duda, pueden competir por el título:

Francisco I, rey de Francia, culto y de carácter impetuoso, gustaba mucho de los espectáculos fuertes. Según refiere Schiller en su hermosa balada "*El guante*", el monarca referido organizó una lucha de fieras. Particularmente, un combate que debería

sostener un joven león sanguinario y feroz, contra un enorme tigre de Bengala.

Entre los espectadores se hallaba la hermosísima mademoiselle Cunigunda, cuyos pretendientes se contaban por centenares. Y en el momento en que los salvajes felinos se aprestaban a acometerse rugiendo y gruñendo amenazadores, Cunigunda se quitó un guante y lo arrojó de tal modo que cayó entre el león y el tigre.

—¡Caballero —exclamó entonces, dirigiéndose al famoso Delorges, cuyas hazañas de valor en el combate eran ya proverbiales—, si vuestro amor es tan ardiente como me juráis a toda hora, recogedme ese guante!"

Todas las miradas de la Corte y de la plebe convergieron hacia el caballero aludido y le vieron palidecer ligeramente.

Delorges descendió paso a paso hasta la pista circense. Y sintiendo en el rostro el aliento cercano de ambas fieras, se inclinó muy despacio, muy lentamente, a recoger el pequeño guante. Con él en la mano y sin darle la espalda a los animalazos, retrocedió, todavía más lentamente y salió de la pista.

—Ante una prueba tan grande como esa, tanto de amor como de valentía —dijo Felipe Armando—, es seguro que Delorges conquistó por fin el corazón de Cunigunda. ¡No fue así?

—No. Desgraciadamente no fue así. Tal vez Delorges pensó que la pizpireta, más que exigirle una prueba de amor, deseaba deshacerse de él. Lo cierto fue que al devolverle a la dama su guantecillo perfumado, no se portó el adalid como un caballero. Iba tan furioso, que no hizo caso de la

sonrisa prometedora con que lo recibió mademoiselle. "¡Las gracias, señora, para nada las quiero!"... Y tras pronunciar esas palabras brutales, le arrojó el guante a la cara.

## CELOS APASIONADOS

La invitación telefónica no pudo ser más amable. El señor don Esteban Originales (desgraciadamente ya fallecido), quien se dijo lector sempiterno de los *Minutos Culturales* que lunes a lunes se venían publicando en *El Siglo de Torreón*, tuvo la gentileza de convidarme, el domingo 6 de junio de 1976, a una fritada de cabrito en su residencia, sita en Isauro Martínez 227 de la colonia Prolongación Los Angeles, junto con otros invitados.

No sé si fue lo tierno de la carne que nos sirvieron, lo delicioso de la salsa y el guacamole, o lo fríasimo de la cerveza, pero el caso fue que la ocasión resultó agradabilísima. Tal vez me impresionó favorablemente la amabilidad y exquisita cortesía de los anfitriones, don Esteban y su esposa doña Josefina Bustamante de Originales. O quizá el responsable de una noche tan encantadora como ésa lo fue ese librito que hallé abandonado sobre la consola telefónica de los huéspedes y el cual provocó una charla literaria muy interesante, que hoy, a 18 años de distancia, me complazco en evocar.

El librito de cuenta era el drama que Luigi Pirandello denominó *El sombrero de cascabeles*.

—¿Conoce usted esa obra? —me preguntó don Esteban—. Es una de mis favoritas porque su trama y desenlace son verdaderamente desconcertantes.

—Sí, la conozco —respondí—. La leí hace algunos años en la biblioteca de Magdalena Mondragón Aguirre. Por cierto que si la memoria no me falla, se trata de un pobre viejo que está casado con una mujer joven y que tiene celos de ella. Interviene luego una señora que, a su vez, tiene celos de su marido y trata de envolverlo en un proceso de adulterio. Al parecer, aquel viejo es un sinvergüenza cuya mujer se entendía con el marido de la señora que iba a procesarle...

—Exacto —interrumpió el señor Originales—; pero recordará usted que en el segundo acto la situación cambia por completo. Aparece que el marido es un perfecto caballero, que la señora está loca y que los verdaderos culpables son la mujer joven y el otro marido, que está ausente.

—Así es —convine—. Y en cambio, en el tercer acto se ve que los espectadores estábamos siendo engañados y que todas las hipótesis que cruzan por la mente del público en el desarrollo de la obra, son descabelladas y erróneas, porque aparece que todos los actores tienen la razón. La única culpable de aquel drama lo es una gitana chismosa que desencadena la intriga y que desaparece a los pocos minutos, para no reaparecer en escena.

Ahora bien, el teatro de Pirandello es revolucionario y magnífico. Y aunque es verdad que inquieta y desmoraliza, debe aceptarse que atrae y asombra.

—A mí lo que me impresiona de Pirandello —terció doña Josefina— es su personalísimo estilo, su

ironía mordaz. Cada una de sus obras es una burla sarcástica en que se mezclan un profundo pesimismo y un lirismo admirable. Pero lo que no comprendo es por qué un hombre de su genio se presenta, casi siempre, como un amargado impenitente.

—Es que la desgracia se abatió en forma terrible sobre el hogar de Luigi —expliqué—; se casó en Roma, en una boda de conveniencia, con Antonia Portulano. Ella era celosísima. A diario importunaba a su marido con reclamaciones groseras e incabables, las que hicieron casi imposible la vida conyugal. Pirandello sufrió horrores en su vida privada. Y su tortura se agravó poco más tarde cuando su celosa mujer acabó perdiendo la razón y al fin murió loca, tras de veinte años de padecer una insania terrible.

—Esa mujer —comentó doña Josefina— no se merecía a un hombre de la talla de Pirandello. No estaba preparada para ser la compañera de un ser superior.

—Es verdad, señora. Ha dado usted en el clavo. Don Jacinto Benavente, en su magnífica obra *Rosas de otoño* hace decir a Laura: "A los hombres superiores no se les puede querer como a los demás. Al lado de un hombre de talento, el cariño debe velar como al lado de un enfermo: a distancia y en silencio; para cuando el enfermo llame, y nada más. Importunarlos con zalamerías o con celos, o con menudencias caseras, es un crimen".

—Los celos —intervino don Esteban— tienen a veces por origen una denuncia, una intriga o un simple chismorreó. Y las consecuencias suelen ser trágicas. El intrigante, el chismoso, no mide el efecto tremendo de su infame denuncia.

—Hay una poesía conmovedora —dije yo— salida de la pluma y del corazón del mexicano Francisco de P. Ortis, que resalta el efecto de los chismes. Dice así:

*¿Por qué me lo dijeron? ¿No sabían  
que me iban a matar?*

*¡Fue esa mujer la vida de mi vida!*

*¡Cuánta doblez, qué negra falsedad!*

*Inmóvil me quedé cuando lo supe  
y no pude llorar!...*

*¡Mientras estaba mi semblante en calma  
bramaba en mi interior la tempestad!*

Fue una intriga estúpida —proseguí— la que desencadenó también los celos apasionados del más grande poeta de Rusia, Alejandro Puschkin, y lo orilló a la muerte. En febrero de 1835 casó con la bella señorita Nadia Goncharova y en diciembre de 1836 recibió un anónimo en que denunciaban la supuesta infidelidad de su esposa con el barón D'Anthes, un espadachín francés, hijo adoptivo del embajador de Holanda. En los días siguientes le llegaron otros anónimos cada vez más infamantes. El poeta se revolvía furioso y le parecía que todos los ojos de la Corte estaban fijos en él, burlándose de su desventura.

Algunos historiadores afirman que esos anónimos fueron urdidos por el gobierno para deshacerse a mansalva del poeta, uno de sus mayores críticos. Sea lo que fuere, la iracundia del celoso le hizo buscar al formidable camorrista a quien creía su rival y lo insultó gravemente. Tan grave fue el ultraje que le infirió en público al francés, que el duelo quedó irre-

misiblemente concertado. El 9 de enero de 1837 se batieron y Puschkin quedó herido de muerte.

—El celoso —dijo el señor originales— es un mártir que martiriza. Por desgracia ese mismo celoso halla siempre más de lo que busca.

—Severo Catalina —expresé— resumió la cuestión en estas palabras: "Los celos de la mujer proceden ordinariamente del despecho; los de los hombres son hijos del egoísmo"...

—Profesor —interrumpió doña Josefina—, si los celos son una de las pasiones más fuertes de la humanidad, la poesía debe de estar llena de poemas que los describan en toda su crudeza. ¿Recuerda usted alguna verdaderamente estrujante?

—Recuerdo varias —contesté—. Voy a decirles un soneto estremecedor de Pedro Mata, que se titula *Me da miedo quererte*. Dice así:

*Me da miedo quererte. Es mi amor tan violento  
que yo mismo me asusto de mi modo de amar  
De tal forma me espanta mi propio pensamiento  
que hay noches que no quiero dormir por no soñar  
No sé lo que me pasa  
pero hay veces que siento  
unos irresistibles deseos de matar..  
Respiro olor de sangre... Y luego me arrepiento  
y me entran unas ganas muy grandes de llorar.  
¡Oh, si en esos momentos pudiera contemplarte  
dormida entre mis brazos! ¡Si pudiera besarte  
como nunca hombre alguno a una mujer besó!  
Después... rodear tu cuello con un cordón de seda...  
¡Y apretar bien el nudo para que nadie pueda  
poner jamás los labios donde los puse yo!*

## EL REGRESO A LA PATRIA

"La patria — ha dicho Gustavo le Bon— no es solamente la tierra de los abuelos, en que las nuevas generaciones continúan la vida, sino ese conjunto de tradiciones, ideas y sentimientos comunes, incluso de prejuicios, que hacen que todos los de un país se sientan hermanos".

Así se sintieron los polacos en 1929, cuando Varsovia esperaba el retorno de una hija predilecta. María Sklodowska había emigrado para no comprometer a su padre con sus inquietudes de estudiante revolucionaria, cuarenta y cinco años atrás. En ese lapso, afrontando miserias sin cuento, ella había triunfado en el extranjero. Se había consagrado como luminaria científica de primera magnitud con el nombre de Madame Curie. Inglaterra la había condecorado con la medalla de Humphrey Davy, Francia con la Legión de Honor, Suecia con dos Premios Nobel, de física y química. Era doctora honoris causa de las universidades más famosas del mundo... ¡Y ahora volvía a la patria!

En todas las barriadas de Varsovia ondeaba orgullosa la bandera nacional. Hombres y mujeres llevaban en el pecho banderitas polacas, de dos franjas horizontales, blanca la de arriba y roja la de

abajo. Y en el centro de la franja blanca, una sola palabra impresa: MARJA, es decir, María, ¡el nombre de la gran polonesa!

Escoltada por la multitud delirante, María lloró de nostalgia, de reminiscencias juveniles, de palpitations dulces, al contacto con la patria. ¡Y con qué grata emoción le habló luego a su pueblo, en polaco, al inaugurar el Instituto de Radiología que ella había ayudado a formar!

oOo

"Cuando la patria sea injusta contigo —decía el matemático Pitágoras— haz como una madrastra: toma el partido del silencio".

Merced al ataque despiadado de sus enemigos, Dante Alighieri fue desterrado de Florencia, su patria. Luego sentenciósele a ser quemado vivo en el caso de que se atreviese a volver a pisar el suelo de sus mayores. Algunos años después, cuando Florencia comprendió que así perdía al más grande de sus hijos, le ofreció el perdón. Pero el poeta rechazó indignado un regreso que se le ofrecía por el camino de la indulgencia y prefirió morir en el ostracismo. En su tumba se colocó un epitafio cruel, que dice: "Aquí yazgo yo, Dante, arrojado de mis patrias riberas".

A través de centenares de años, los florentinos le han reclamado a la ciudad de Rávena la devolución de los restos del autor de *La Divina Comedia* para colocarlos en el hermoso mausoleo que les destinan en la Iglesia de Santa Cruz. al lado de otro genio, Miguel Angel Buonarroti. Pero Rávena, más

rencorosa aún que el propio aedo, no admite que Florencia "que nunca quiso a Dante vivo, tenga el derecho de recobrarlo ya muerto".

oOo

"La patria no es la tierra —escribió Rabin-drath Tagore—; los hombres que la tierra nutre son la patria!

Escipión el Africano, el generalísimo romano vencedor de Asdrúbal Barca, de Silago, Magón y Hannón, de Indíbil y Mandonio; el hombre que salvó a Roma derrotando al genio de la guerra, al relámpago que se llamó Aníbal, en la espantosa batalla de los Grandes Lagos, y en la no menos terrible de Zama; el paladín que eliminó el espectro de la rival Cartago, que tanto inquietaba a su patria, fue objeto de envidias, celos e intrigas de algunos compatriotas que lo acusaban de ir hacia la dictadura y con ello a la tiranía. El rechazó arrogante las mezquinas acusaciones; se rehusó a presentar pruebas de su inocencia y prefirió expatriarse, yendo a morir a la Villa de Liternum, en la Campania.

Era tanta la amargura que colmaba su pecho, tal el desencanto que angustiaba su corazón, tan grave la decepción que corroía su alma, que mandó grabar en su sepulcro una terrible frase que es todo un bofetón para la antigua Roma

"¡Ingrata patria: no tendrás mis huesos!"

"Ninguno ama a su patria por ser grande —proclama Séneca— sino por ser la suya."

Cuando Hans Christian Andersen —hijo de un humilde zapatero— empezaba a destacar en su

tierra, Dinamarca, la malquerencia de sus paisanos lo llenó de burlas, lo abrumó de ataques, lo agobió de envidias. Le hicieron tan insoportable la vida en casa, que tuvo que huir de Odense, su ciudad natal.

Más allá de las fronteras de su patria, su genio literario se impuso al mundo entero. Los niños de todas las naciones se deleitaron con los cuentos de hadas de aquel paupérrimo emigrado: *El patito feo* que luego se transforma en cisne; *Las zapatillas rojas* que resultan un castigo para las ingratitudes; *El traje nuevo del emperador*, sátira acertadísima contra los empalagosos turiferarios y las vilezas de los políticos, fueron repetidos por chiquitines y adultos en todas las lenguas y en todos los hogares del orbe.

El alma de Andersen era la de un niño. No abrigaba rencores a cuenta del pasado. Por eso fue que cuando ya era eminente y su nombre inspiraba respeto y cariño; cuando ya nadie dudaba de su enorme valía, regresó a su pueblo. Las malquerencias de antaño se habían esfumado. Las envidias de los amigos, desleído. Las polémicas estaban ya zanjadas. Los ataques virulentos yacían olvidados.

Toda la ciudad de Odense acudió a recibirle. El populacho se arrojó reverente a las plantas del maravilloso hijo del zapatero. El gentío cantó jubilosamente y vitoreó su nombre por las calles. Por la noche, un mar de antorchas se agitaba bajo su ventana, pidiéndole que saliese. Andersen se asomó feliz al balcón y le habló a la muchedumbre:

—¡Esto me parece —les dijo— el mejor cuento de hadas de toda mi vida! ¡El patito feo ha regresado a su casa, pero ahora con otro plumaje! ¡Mi gratitud y mi amor a Dios, a mi pueblo y a toda la humanidad, serán, desde hoy, eternos!

"La ausencia de la patria —sostenía Chateaubriand— produce la tristeza más dulce del corazón". La dulce tristeza de un jesuita mexicano, Francisco Javier Clavijero —desterrado cuando en 1767 fue expulsada de México la Compañía de Jesús— se tradujo, además, de en una nostalgia, en verdadera pasión por las cosas mexicanas. Allende los mares fundó la "Casa de la sabiduría" y se dedicó con fervor místico a relatarle a la eternidad los hechos sobresalientes de nuestra historia. Surgieron así de su pluma monumentos tales como la *Historia antigua de México*, *Historia de la Baja California*, *Historia eclesiástica de México*, *De las colonias de los tlaxcaltecas*, *Diálogo entre Filateles y Paeófilo*, *Física particularis*, etc; obras que revelan al investigador acucioso, al sabio lingüista, al pensador profundo. Pero, sobre todo, al mexicano amoroso que llora en el destierro la lejanía de su patria.

El religioso jarocho había marchado al exilio no porque lo expulsaran o repudiaran sus coetáneos, sino como consecuencia de un decreto de Carlos III, el borbónico monarca español. En 1796 volvió Clavijero a sus patrios lares. El ánfora que guardaba sus cenizas reposa ya en un nicho de la Rotonda de los hombres ilustres, y en él no se pusieron incripciones dolorosas como las de Dante y Escipión el Africano. México lo recibió con el mismo fervor que Dinamarca a Andersen, o Polonia a María Skłodowska.

Ahora bien, si sus cenizas inertes pudiesen hablarnos a las generaciones actuales, ¿qué nos habrían dicho, acerca de su amor patrio, cuando "sintieron" de nuevo la brisa de su suelo nativo, el puerto de Veracruz?

## APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA ESTUPIDEZ

Si hemos de creer lo que cuenta Garcilaso de la Vega en su *Historia de los Incas*, los conquistadores españoles descubrieron que los indios del Perú, en la ciudad de Manta, tenían como diosa a una esmeralda tan grande como un huevo de avestruz. Para ganarse el favor de la divinidad, los incas en cada festividad acudían cargados de esmeraldas más pequeñas para ofrendarlas a la diosa madre de aquellas joyas esplendorosas.

Los hispanos, desde luego, se apoderaron de una fantástica cantidad de aquellas piedras hermosas, raras y de alto precio. Pero no las aprovecharon por una creencia tan errada como estúpida: tenían la convicción de que las piedras genuinas no podrían romperse nunca; y, para probar la legitimidad de las esmeraldas peruanas, ¡les asestaban tremendos golpes hasta que las pulverizaban!

oOo

Otro caso de estupidez colectiva que muestra que los adelantos de la civilización nunca fueron pa-

trimonio de los muchos, sino de unos cuantos, se registró el 27 de agosto de 1783, tres meses después de que los hermanos Montgolfier elevaron en Anonay el primer globo de aire caliente.

Un físico parisiense, J.A.C. Charles construyó un globo de cuatro metros de diámetro y lo llenó de hidrógeno. El *Charliere*, como se le bautizó, significaba un paso gigantesco sobre los globos de aire. Se elevó en París desde el Campo Marte y aterrizó en el pueblecillo de Gonese, tres cuartos de hora después.

Los campesinos franceses, muy ajenos a tan estupendo adelanto, se aterrorizaron al ver que se aproximaba a su ranchería un objeto tan raro. Y más se alarmaron al ver que descendía precisamente en sus alrededores.

Se reunieron en gran número, alentándose mutuamente con gritos e imprecaciones. Se acercaron al globo y con sus horquillas, con zapapicos y palas, atacaron e hicieron pedazos a aquel monstruo terrible que acababa de caerles del cielo...

oOo

Veamos ahora un caso individual de estupidez.

Un antiguo rey de Lidia, de nombre Candaules, era un polemista empedernido. Discutía sobre cualquier cosa, simplemente porque hallaba placer en la discusión... y en hacer prevalecer sus opiniones. No le gustaba perder una controversia y siempre estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para demostrar que él tenía la razón.

Un día se puso a discutir con Gijes, su favorito, sobre un tema espinosísimo: la hermosura de la reina. Y para apabullar a su interlocutor con un argumento contundente, Candaules decidió mostrarle a su contradictor, completamente desnuda, a la reina... mientras ésta se hallaba en el baño.

Ante semejante prueba, el favorito se declaró vencido y convencido. Pero habiéndolo sabido la soberana, se sintió tan ofendida que decidió vengarse de la crasa estupidez de su marido.

Le ofreció a Gijes la corona del reino y su mano, si mataba a Candaules. El favorito aceptó y dio muerte al imbécil polemista en el año de gracia de 708.

oOo

Evoquemos, finalmente, otro ejemplo individual de estupidez, mucho más doloroso.

La historia de la Medicina registra el caso de un médico parisiense, muy poco aficionado a alternar con sus colegas, o a concurrir a las juntas periódicas de carácter científico, y quien el 2 de febrero de 1894 vio con espanto que su único hijo estaba a punto de morir a causa de la difteria. La carita del enfermo estaba de un color plomizo alarmante y su cuerpo se retorció bajo el terrible apretón de la asfixia.

Como médico, el atribulado padre no tenía la menor duda sobre la muerte de su vástago. Y no ignoraba tampoco el atroz sufrimiento que precedería al deceso. Llorando desconsolado ante su impotencia, tomó una resolución suprema: empapó de cloro-

formo una gasa y se la aplicó a la criatura sobre boca y nariz, manteniéndola así hasta que la mató...

—¡Así, al menos —se dijo— le evité un cruel sufrimiento!...

El cadáver del niño fue velado durante la noche en medio de las escenas de dolor que son de imaginarse. Y al despuntar el día, los vendedores de periódicos pasaron voceando una noticia sensacional que electrizó a todos los del velatorio:

"Roux encontró el remedio contra la difteria. ¡Un suero milagroso probado ante la Academia!"

El enlutado galeno devoró la noticia: En el Hospital de Niños —a pocos pasos de allí— Emilio Roux, ayudante de Pasteur había probado, el día anterior, un suero milagroso, delante de docenas de eminencias médicas, y en más de un centenar de chiquitines enfermos. Todos habían salvado la vida, mejorando en forma tan rápida como impresionante.

El diario se le cayó de las manos. Demudado como un cadáver, se dirigió a su consultorio. Se encerró en él. Y al poco rato se escuchó una fuerte detonación...

## PRODIGIOS DE LA MEMORIA

El poder de la memoria, esa facultad que nos permite recordar, es un don desigualmente repartido en los cerebros humanos. Hay quienes tienen una memoria prodigiosa, en tanto que otros difícilmente retienen lo indispensable.

Entre las memorias privilegiadas que registra la historia, se cuentan la de Mitrídates, que hablaba 22 lenguas y que podía recordar los nombres de todos sus soldados; la del cardenal Mezzoffanti, que podía expresarse correctamente en 48 idiomas diferentes y aún en varios dialectos; la de Willemain, que era capaz de repetir cualquier discurso con sólo oírlo una vez; la de Scaliger, que aprendió de memoria la *Iliada* y la *Odisea* en tres semanas, y la obra de los restantes poetas griegos en tres meses; y la de lord Macaulay, quien podía repetir todo *El paraíso perdido*, de Milton.

El polemista Juan Pico de la Mirándola tenía una memoria tan asombrosa que, en 1846, en Roma, desafió a sabios y filósofos a discutir con él sobre cualesquiera de 900 proposiciones de lógica, metafísica, moral, teología, matemáticas, cábala y magia natural, ofreciendo pagar los gastos de viaje de los rivales que viniesen de cualquier parte de

Europa. Todo un año esperó en Roma la aceptación de su reto; pero nadie recogió el guante porque ya era proverbial su formidable erudición.

Arturo Toscanini, el genial director de la Scala de Milán, también tenía una gran facultad retentiva. Cierta vez un joven compositor le presentó una de sus obras pidiéndole consejo. Al maestro no le agradó la pieza y se la devolvió inmediatamente sin hacer comentarios.

Quince años después y en Nueva York, el joven se encontró a Toscanini y le reprochó que le hubiese devuelto su trabajo "sin dignarse dirigirle una mirada"

—¿Cómo se atreve— le respondió el maestro— a decir que no le dirigí una mirada? ¿Se burla usted de mí?

Y de inmediato sentóse al piano y tocó de memoria aquella pieza, sin faltarle una sola nota y mostrándole de paso al autor los defectos de su obra.

## oOo

La fisiología moderna ha descubierto que existe en el cerebro humano un archivo de todo lo captado por la conciencia, un registro fiel de todo lo que el hombre experimenta durante las horas en que está despierto.

El Dr. Wilder Pemfield, director del Instituto Neurológico de Montreal, Canadá, aplicando un fino electrodo al lóbulo temporal del cerebro y liberando una ligera descarga eléctrica, ha hecho que la mente de los individuos en quienes ha ensayado funcione como una cinta magnética, evocando escenas y re-

cuerdos olvidados; pero trayéndolos a la mente con una riqueza de detalles y una minuciosidad tales, que sin ese recurso electrónico habrían permanecido completamente olvidados.

Ese archivo se localiza en la parte posterior del cerebro y es algo más que simple memoria, porque nadie puede, mediante un acto voluntario, evocar con precisión tal cúmulo de hechos y detalles.

Pero junto a las grandes memorias, son también célebres los grandes desmemoriados.

¿Es la escasez de memoria indicio de falta de inteligencia? No siempre. El literato Anatole France era famoso, además de por sus elegantes obras literarias, plenas de erudición, porque siempre olvidaba sus paraguas, al grado de que su mujer se veía obligada a comprarle cuatro o cinco por semana.

Un día sorprendió al gran novelista un fuerte aguacero y tuvo que refugiarse en una cervecería. Cuando regresó a casa llevaba en sus manos un magnífico paraguas.

—Habrás visto —le dijo a su esposa— cómo esta vez no olvidé el paraguas. Entre carcajadas, la buena mujer le hizo notar que aquel día, por excepción había salido a la calle... ¡sin su paraguas!

oOo

Otro desmemoriado incorregible fue el autor de la Teoría de la Relatividad, una de las cumbres supremas del pensamiento científico. El gran físico Alberto Einstein, uno de los cerebros más poderosos que ha producido la humanidad, era tan falto de memoria para las cosas que no se relacionaban con

memoria para las cosas que no se relacionaban con vectores, tensores y matrices algebraicas, que cuando salía de viaje nunca le escribía a su mujer, porque jamás podía recordar las señas de su propia casa.

Pero un día la señora tuvo una idea morrocotuda: franqueó y rotuló varios sobres dirigidos a ella misma y se los entregó al sabio, recomendándole que ahora sí no dejase de escribirle puesto que no tendría que recordar la dirección de su casa.

Y, efectivamente, la medida resultó eficaz, porque a los pocos días llegó la primera carta. Pero, al abrirla, frau Einstein experimentó fuerte desencanto:

—¡Ay, Alberto... no tienes remedio! —exclamó.

Y les mostró a sus hijos lo que acababa de recibir: ¡un sobre vacío!...

## HOMENAJES TARDIOS

El hombre de genio es con frecuencia un incomprendido. Su elevada estatura intelectual resulta chocante para las medianías. La luz de su pensamiento revolucionario contrasta demasiado con la penumbra incierta de lo universalmente aceptado. Envidias y lástimas —éstas más dolorosas que aquéllas— forman la estela de sus vidas amargas.

No todos los grandes hombres han tenido la dicha de Copérnico, quien gracias al empeño fraternal de Gysio y a los desvelos apasionados de Rético —sus dos buenos amigos— pudo estrechar entre sus manos agónicas el primer ejemplar de su estupendo *De revolutionibus*. Ni todos han disfrutado la devoción y cariño de sus discípulos, como Galileo Galilei, ilustre toscano que tuvo el consuelo supremo de morir en los brazos de sus queridos alumnos Viviani y Torricelli.

Algunos "superhombres" fueron desafortunados en demasía. Su triunfo final, apoteósico, vino tardíamente, conducido por la mano implacable de la muerte.

El novelista genial, Fedor Dostoievski, autor de obras inmortales de la categoría de *Crimen y castigo*,

*El jugador, El idiota, Los hermanos Karamazov,* padeció toda su vida un verdadero calvario.

Aterrorizado por un padre déspota, irritable y desconsiderado, pasó una niñez atribulada. La epilepsia con sus sacudidas clónicas, le amargó cada día de su existencia. Cuando casó con Ana Grigorievna Snitkin, estaba tan pobre que no pudo hacer el viaje de bodas. Deseoso de enriquecer, se entregó con pasión a los juegos de azar y perdió en ellos hasta la camisa. La desgracia cebóse en su familia. Su hijo Alexis nació deforme y con los mismas taras físicas de su padre.

En 1881 una serie de hemorragias terribles le arrebató la vida. Y el correrse la noticia del deceso, el pueblo ruso se estremeció hasta lo más íntimo. Los que siempre le vieron con indiferencia ahora se sintieron conmovidos. Quienes antes le criticaron y combatieron con saña, se tornaron sus admiradores fervientes y le colmaron de alabanzas. Alejandro II se acordó que existía y le concedió una pensión, ofreciendo hacerse cargo de la educación de sus hijos.

Cuando Ana Grigorievna —que tanto había luchado y sufrido al lado de su marido— recibió el generoso mensaje del emperador, experimentó tal sacudida de júbilo que perdió momentáneamente la razón. Corrió presurosa hasta el lecho mortuario donde yacía Dostoievski y le comunicó al cadáver la buena nueva, asegurándole —mientras lloraba a lágrima viva— que ya no sufrirían más, que la dicha esperada acababa de llegar y esta vez para siempre...

Cuando Giordano Bruno murió en la hoguera por sus ideas rebeldes, sus amigos más íntimos lo abandonaron y aún lo negaron. Nicolás Enrique Abel —el mayor genio matemático que ha producido la humanidad— tuvo el dolor de ver que Cauchy le cerró sus puertas cuando, enfermo y moribundo, le fue a buscar a París...

La vida de Abel, el noruego inmortal, es particularmente expresiva de la indiferencia del mundo hacia sus más ilustres pensadores.

Desde los 13 años, Abel empezó su producción científica. A los 18 descubrió, simultáneamente con Jacobi, las funciones elípticas. A los 21 demostró que la ecuación general algebraica de grado superior al cuarto es insoluble por medio de radicales. A los 25 estableció la teoría general de las integrales con su célebre *Teorema de Abel*.

A pesar de su corta vida —sólo vivió 27 años—, trabajó tanto y pensó tan hondo, que Hermite ha dicho con justicia que "Abel ha dejado a los matemáticos tarea suficiente para tenerlos ocupados 500 años".

La miseria pavorosa en que vivió el joven sabio y la intensidad de su esfuerzo, minaron su organismo en forma tan cruel que resultó presa fácil para la tuberculosis. Atenaceado por la fiebre y atosigado por el hambre, no conoció una mano amiga que le brindara un pedazo de pan, o tan siquiera una frase de aliento. Y ante la indiferencia de todos, por no volverse misántropo, se enfermó también de tristeza...

Gastó los últimos recursos de que disponía para ir a París a ver al matemático Agustín Cauchy, pero éste se negó a recibirle. La vacilante llama de su existencia se volvió mortecina y se agravó su estado. Como pudo volvió a su pueblo y allí antes de morir en un rincón de la casa donde trabajaba su novia — una joven doméstica que consiguió que sus patrones recibieran al moribundo— todavía tuvo fuerza para brindarle al mundo su teorema inmortal. Quiso ver a Gauss para ofrecerle su idea luminosa, su triunfo genial, su maravilla matemática; pero tuvo miedo de recibir un segundo *desaire*. Y triste y sólo, sin qué comer, murió el 6 de abril de 1829.

Cuando había exhalado su postrer aliento; cuando sus manos exangües ya no pudieron tenderse para implorar un socorro; cuando su noble corazón no latió más para la humanidad... ¡se le hizo justicia!. Se le cantaron loas. Se organizaron veladas lucuosas. Y una Academia de Ciencias —la de Francia— acudió con una pensión generosa... ¡para el muerto!

## EL HOMENAJE A VICTORIA CHAPA

Permítaseme, ante todo, afirmar que doña Victoria Chapa de Arratia —la guapa y dulce soprano lagunera— merece, a juicio de las mujeres poetas que hoy se lo ofrecen, un homenaje más grande, muchísimo más popular y grandioso que el que esta noche le brindan las aedas regionales.

Pero en el homenaje de hoy, a falta de candilejas deslumbrantes, de heraldos enjubonados y caravanas ceremoniosas, pero frías; a falta de coros cantados por efebos enjoyados, Victoria hallará aquí, en este cumplimiento artístico, corazones que realmente la quieren; mujeres que se enorgullecen de tenerla como su compañera en los afanes culturales, y quienes la respetan y admiran con toda sinceridad.

Recuerdo que en la época de los cuarentas, cuando Victoria cantó magistralmente la difícil canción *Estrellita*, de Manuel M. Ponce y ganó el concurso convocado por la Cruz Roja y la Compañía Industrial Jabonera de La Esperanza, los jóvenes estudiantes que asistimos al cotejo, aprendimos a quererla y la empezamos a conocer como nuestra "soprano guapa".

Un piropo popular es, muchas veces, más que un elogio. Cuando el pueblo de París se enteró de

que su emperador Napoleón III iba a contraer matrimonio con una princesa española, se lanzó a las calles en protesta. Pero ese desencanto se acalló cuando pudieron ver a la nueva soberana, doña Victoria Eugenia de Montijo. Su belleza deslumbró al pueblo que, de inmediato, la bautizó con el nombre de la "reina guapa". Y más se confirmó en su adoración cuando vio que Victoria Eugenia no era una reina de pacotilla, sino una mujer ideal.

La realeza no se ejerce sólo bajo el manto de púrpura, ni con el gesto aburrido de los soberbios. No se reina sólo con la diadema en la frente y el cetro en las manos. Tampoco yendo a la cabeza de un séquito adulador y agachón que mira a los demás con gesto desdeñoso.

Ser sencilla y bondadosa es ya empezar a ser reina. La corona visible, la de pedrería fulgurante, no constituye la majestad de la soberana: es un simple adorno. Es la otra corona, la que no se exhibe, la que se oculta en el fondo del corazón, la verdadera; aquella que más que ceñir una testa rizada, ciñe y abarca los más hondos pensamientos y los encauza. Esta última es la que confiere verdadera realeza — como en el caso de Victoria Chapa— porque el empaque no da la grandeza, por mucho que se esponje, ni la altanería puede otorgar majestad, por más que se enleperice. El trono tiene, es cierto, escalinatas para subir, pero en verdad están hechas para descender. La soberanía, como la divinidad, bajan, vienen de lo alto...

Victoria Chapa de Arratia, a su vez, ha conquistado a la comarca no sólo por la dulzura y el timbre armonioso de su voz de soprano lírico; sino con la fineza de su trato amable, con su propia manera

natural de ser, con el encanto de su carácter tierno y por su preocupación de enseñar a cantar a los demás.

Hija única de don Luis Chapa González y de doña María Luisa Valenzuela, desde muy niña dio muestras de grandes facultades para la música, particularmente para el bel canto.

Su primer triunfo de la década de los cuarenta con *Estrellita* le permitió alternar con artistas de la talla de Manolita Arreola, Miguel Aceves Mejía y Lupita Palomera. Y la XEW de México le ofreció un contrato para cantar en esa poderosa radiodifusora a la que se conocía entonces como *La voz de América Latina desde México*.

Desde entonces, Victoria Chapa ha cantado Arias de ópera, romanzas de operetas y zarzuelas, melodías napolitanas, música sacra y canciones románticas mexicanas que se han vuelto inolvidables. Por cierto que ella tiene un bello disco L.P. en que ha grabado la maravilla de su voz, y en el que se hallan las mejores canciones de México y las continentales.

-oOo-

Torreón y la comarca han crecido y progresado mucho. En unas cuantas décadas hemos dejado atrás la etapa regional de las carpas ambulantes —aquellos pequeños teatros cubiertos con grandes lonas, y cuyo piso era de tierra mojada y apisonada, y cuyo alumbrado era a base de mecheros de gas y lámparas de carburo, sentábanse en toscas bancas de madera. Tales carpas se instalaban en los grandes llanos que había en los alrededores de la plaza principal —la del Dos de abril—, y en ellas actuaron artistas del calibre de *La capitana* Prudencia Griffel y del

*cuatezón* Beristáin, o de los artistas sevillanos que acompañaban al español don Ricardo de la Vega, a quien tanto debe nuestra primera música y nuestros balbuceos del canto.

En las carpas Pathe, Princesa y Ricardo de la Vega, se interpretaron canciones mexicanas vernáculas, o picarescos cuplés traídos de la madre patria. Ese género —llamado chico— no se ha extinguido desde entonces y lo viene explotando la televisión mexicana cuyos programas se basan, principalmente, en cantos y variedades, como en nuestras legendarias carpas, aunque ahora con algunas vocecillas que sólo el poder maravilloso de los micrófonos hace audibles y hasta tolerables.

Por razones comerciales —negocios son negocios— las buenas voces, las que han sido educadas y pulidas en los conservatorios, o que se hicieron bajo la égida de grandes maestros, han sido excluidas —dizque por caras— de la televisión. Se dice que precisamente por preferir en su programa *Recordar es vivir* las buenas voces, fue eliminado Jorge Saldaña; y que más recientemente también suprimieron el programa similar de Carlos Amador y Susana Dosamantes. Y es que cuando se ha intentado que las nuevas estrellas unan sus voces a las que salieron del Conservatorio o estudian en él, nuestro público ha notado la enorme diferencia que existe entre ambas. El contraste ha sido tan desfavorable a las nuevas vedettes, que ahora se tiene buen cuidado de no incluir en los programas, junto a las nuevas estrellas, a una Ernestina Garfias, a una Irma González o a una Victoria Chapa de Arratia, artistas que, desde luego, han preferido el estudio de las notas musi-

cales, antes que el nuevo arte de desvestirse para salir a la escena.

Hemos crecido y progresado. Y aunque estamos orgullosos de ello, no nos envanecemos hasta el extremo de presumir que aquí tenemos un Taj-Mahal —ese maravilloso palacio de mármol que envanece a la India—; ni afirmamos que no son los humildes ríos Nazas y Aguanaval los que rodean a la comarca, sino la colosal muralla china que pasa por ser una de las siete maravillas de la antigüedad.

Tampoco nos vanagloriamos de que Torreón es otra Ajalón, la vieja ciudad palestina en que Josué —según la Biblia— le ordenó al sol y a la luna detenerse en sus caminos... y fue obedecido... Aquí nuestra hazaña ha sido bastante menor: le hemos ordenado al desierto detenerse y reverdecer... y hemos conseguido que lo haga...

Que Torreón y la comarca siguen gustando de la buena música y de las grandes voces, lo atestiguan los éxitos que siempre han tenido aquí los espectáculos que incluyen canto y baile. En 1924 —apenas lo recuerdo— estrenaron en el Teatro Princesa *La ciudad de los camellones*, escrita por Antonio de Juambelz y Agustín Aveleyra; obra en que las canciones más populares fueron parodiadas para que hablasen de la ciudad y la región, cantadas por tenores y tiples de la compañía de Lupe Rivas Cacho. El éxito fue tan grande, que al año siguiente la compañía teatral *México* pidió a los mismos autores una obra similar: *La bendita Laguna*; pero ahora musicadas las letras por el gran maestro yucateco Juan Pérez y Pérez, melodías que arrebataron al público. De estos triunfos innegables nació luego la idea que hizo que doña Carmen Pámanes y doña

Rosa Ortiz de Bredée nos ofrecieran noches inolvidables a base de música nortehña, tan señera y bravía.

Por cierto que esa música nortehña fue cultivada con gran esmero en el Gran Salón Popular, cine y variedades, que en 1925 estuvo ubicado en avenida Juárez y calle Rodríguez, donde el 21 de febrero de ese año se hizo la presentación de la tonadillera española de los grandes ojos, Delia Coppel.

Maestra doña Victoria Chapa de Arratia:

Reciba con benevolencia este humilde pero sincero homenaje que las mujeres poetas de la Laguna, que preside Irma Beatriz Bermeo de Ortiz, le ofrecen como testimonio de la admiración que sienten por mujeres como usted, que se empeñan en destacar dentro de nuestro medio cultural...¡y lo consiguen! Todas ellas piden a Dios le conceda a usted muchos años más de vida y nuevos y más rotundos éxitos en su triunfal carrera musical. En cuanto a mí, ruego a mi vez que usted conserve esa belleza que nos hizo bautizarla como *la soprano guapa* de nuestros románticos tiempos de estudiante.

(Discurso pronunciado la noche del 18 de noviembre de 1993, en el Archivo Histórico Eduardo Guerra, de Torreón, Coah.)

## ¡UN FUSILAMIENTO QUE NO MANCHA!

Cuentan que cuando el poeta Espronceda estaba por arribar a las playas de Lisboa, sacó las dos únicas pesetas que llevaba en el bolsillo y las arrojó al mar, porque le pareció incongruente entrar en una ciudad tan grande, con una cantidad tan pequeña. Pues bien, cuando el niño Benito Pablo Juárez recorrió descalzo y a pie las leguas que separan el humilde pueblecillo de Guelatao, de la ciudad de Oaxaca; cuando desde lo alto de la sierra contempló azorado y deslumbrado la soberbia capital de su Estado, no pudo darse el lujo del poeta español, porque sus bolsillos de indígena, sus alforjas de paria, no sabían lo que era llevar en ellas siquiera las dos pesetas...

Pero su férrea voluntad, su inteligencia privilegiada, su espíritu intrépido e indomable, le hicieron triunfar. Logró instruirse y salir de la miseria. Y al llegar su victoria, al conseguir su encumbramiento, nunca olvidó Benito Juárez su origen humilde. Contagió con su entusiasmo y fervor patriótico a sus contemporáneos. Su voz, convincente y persuasiva, fue al principio como ese hálito tibio y fecundo que recorre la selva: cada hoja que toca, es una voz que nace; cada rama que mueve, es un brazo que arma.

Voz que se une al concierto glorioso que saluda al mañana redentor; brazo que se extiende buscando el pecho de la tiranía. Pronto el tono de su voz se hizo autoritario, resonante, avasallador, porque Juárez se había convertido en el aliento inmortal de una gloriosa revolución. Su voz era entonces el temblor que anunciaba la aurora de un cráter; era el empuje formidable de la Reforma que empezaba a vomitar fuego y lava, para purificar a México.

Juárez nació cobijado por las sombras oscuras de la sierra de Ixtlán. Su cuna no fue un pesebre, pero sí fue paupérrima. Pero es ley de la física y la historia que entre las sombras nazcan las tempestades y las revoluciones que destruyen, pero también fecundan: el carbón, piedra oscura que tizna las manos que la tocan es fuerza, es luz, es movimiento, cuando ruge en el fogón de la caldera. La rebeldía del proletario oscuro es progreso, libertad y ciencia cuando vibra en sus puños y trepida en sus cerebros. La obscuridad de la nube es la fertilidad de los campos; la obscuridad del rebelde es la libertad de los pueblos...

¿Era Juárez un predestinado? Hay quienes así lo aseguran. En su *Historia de México*, don Ignacio Bernal, estampa: "A Benito Juárez, que contenía las auténticas esencias de la raza indígena, que representaba mejor que ninguno de sus compañeros, criollos y mestizos, a los ancestrales pueblos sometidos por los europeos cuya cultura aniquiló la conquista, va a corresponder salvar a México, rescatar con su esfuerzo, austeridad y sacrificio, a la patria en peligro; defender a la nación de su desaparición, congregándola a su lado, apoyándose en ella para devolverle la fe en sus ideales y la confianza en sus

propios y auténticos valores. La vieja raza, avasallada y escarnecida durante tres centurias, en el instante en que México se encontraba en peligro inminente de desaparecer; en el momento en que la nacionalidad se hallaba amenazada, va a salvarlos. De ella surgió la esperanza, cuando todos la habían perdido; callada, firme y segura, mostró el único camino posible, impuso por todos los confines del país su rotunda presencia y por doquier levantó espíritus dormidos que habían de tornarse en ejércitos triunfantes. No transigió, pues le amparaban la verdad y la razón; flageló a cobardes y traidores; sin tregua ni reposo ofreció, no una paz incierta sino la que representa la victoria alada".

Juárez, como todos los grandes hombres, supo rodearse de cerebros lúcidos y corazones valerosos. En torno de él lucharon en favor de las grandes causas de México, civilistas de la talla de Melchor Ocampo, Sebastián Lerdo de Tejada, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto y Manuel Gutiérrez Zamora, quienes contribuyeron a formar, entre los estampidos del rayo del Sinaí de la guerra de tres años, Las Leyes de reforma, en que destacan la ley de Nacionalización de los bienes eclesiásticos, del 12 de julio de 1859; la ley del matrimonio civil, del 23 de julio de 1859; la ley originaria del registro civil, del 28 de julio de 1859; el decreto que declara que cesa toda intervención del clero en cementerios y camposantos, del 31 de julio de 1859 y la ley sobre libertad de cultos, del 4 de diciembre de 1860.

Alrededor de Juárez lucharon con arrojo militares de la titánica estatura de Ignacio Zaragoza, Jesús González Ortega, Leandro Valle, Porfirio Díaz, Ramón Corona, Mariano Escobedo y Santos Dego-

llado, quienes dieron al Partido Liberal y a la patria triunfos tan resonantes como el del 22 de diciembre de 1860, en Calpulalpan, donde las fuerzas liberales destrozaron definitivamente a las conservadoras e impusieron la Constitución de 1857 y las leyes reformistas; batallas tan esplendorosas como la del 5 de mayo de 1862 en que soldados mexicanos derrotaron a los invasores franceses que mandaba el general Lorencez y esa otra batalla centelleante, la del 2 de abril de 1867, en la que Leonardo Márquez, el Tigre de Tacubaya, fue destrozado, impidiéndole ir en auxilio de Querétaro y sellando con ello la suerte de Maximiliano, el emperador rubio.

Como todas las grandes figuras de la historia, el indio de Guelatao, Benemérito de las Américas, ha sido objeto de ataques y calumnias. Pero su memoria ha sido defendida calurosamente por muchos, y aun por sus enemigos.

Cuando al secretario de Estado de los Estados Unidos, Mr. Seward, se le preguntó cuál era, a su juicio, el hombre más destacado de América, declaró que lo era Benito Juárez. Y como los periodistas le hicieron ver que en la historia de su país hay figuras tan eminentes como Washington y Lincoln, contestó que "pensando en ellos... deseo sostener mi opinión".

Y cuando el general Milans del Bosch, quien vino con las tropas invasoras del mariscal Bazaine, regresó a París después de la retirada del ejército, ordenada por Napoleón Tercero, se encontró con que en la prensa europea un grupo de mexicanos lanzaba ataques virulentos contra Juárez, tildándolo de asesino, porque no había evitado la muerte de Maximiliano de Hapsburgo. En esa misma prensa europea, Milans del Bosch declaró: "No mancha a

México el fusilamiento de un príncipe intruso; lo que sí lo mancha, lo que denigra a los países que luchan por su independencia, son esos afrancesados de España y de México, mengua de la tierra en que nacieron, que van al extranjero a mendigar fusiles y bayonetas para oprimir a sus patrias".

La vida de Juárez la resumió brillantemente el exquisito poeta coahuilense, licenciado Felipe Sánchez de la Fuente, cuando dijo:

"Juárez nos dio una ley para todos los derechos, un altar para todas las creencias y un Cerro de las Campanas para todas las tiranías".

(Discurso improvisado en Saltillo, Coah., el 21 de marzo de 1960, con el carácter de presidente de la Cámara de Diputados, local).

## UN DISCURSO FOGOSO Y CONMOVEDOR

En enero de 1988, en la residencia del ahora señor ingeniero don Efrén Ruiz, se reunieron sus compañeros, ex-alumnos que formaron la primera generación de la Escuela Secundaria Federal Nocturna por Cooperación número XXVIII —que estuvo funcionando en la Escuela Centenario, de esta ciudad—. 43 años hace que, gracias al empeño tesonero del profesor Abel Valadez Mesta y gracias al apoyo del Ing. don Fermín Luna, se abrió esa puerta de luz para la juventud torreonense que, obligada por sus necesidades económicas a trabajar, buscaba educarse por las noches, en horas que le restaban al descanso.

El júbilo de los concurrentes al volverse a ver y poder intercambiar los recuerdos de su juventud, fue indescriptible y estuvo rubricado bulliciosamente al entonarse muchas de las bellas melodías que hacia 1952 estuvieron en boga.

Desde luego, se recordaron los triunfos resonantes que en oratoria tuvo esa Federal Nocturna en los torneos efectuados en el paraninfo de la Escuela Secundaria y Preparatoria "Venustiano Carranza" y se evocaron las figuras más destacadas en tales certámenes. Y se dio el caso de que todos coin-

cidieron en que el discurso más fuerte, más fogoso, más patético y mejor dicho, fue el que redacté para que estuviera en los labios del joven Claudio Martínez Sánchez, de esa Secundaria Nocturna y alumno mío en la cátedra de elocuencia. Y para deleite de nuestros lectores y ejemplo para los estudiantes actuales, damos aquí la versión taquigráfica del mismo:

"Honorable jurados,  
señoras y señores,  
compañeros estudiantes:

"Las palabras sonoras han sido la desgracia de México. ¡Ojalá que le sirvan de algo las palabras austeras!". Con esta frase, el filósofo mexicano don Antonio Caso pintó magistralmente la tragedia de nuestro pueblo, siempre arrullado con halagos y defraudado con promesas de sus caudillos, de sus estadistas, de sus líderes y hasta de sus candidatos. (aplausos)

Para hablar de nosotros los pobres no evocaré a Cicerón ni a Demóstenes, ni usaré frases rimbombantes y huecas: las palabras austeras, desprovistas de oropel, son suficientemente elocuentes cuando brotan sinceras del fondo mismo del corazón. (aplausos)

Yo vengo en nombre de los que sufren y de los que lloran; de los que no tienen en esta vida más bagaje que sus miserias y sus sinsabores; de los que no siendo nada, aspiran a ser algo; de los que sueñan eternamente; de esos jóvenes famélicos que van por la existencia con un mundo de sueños en la mente y un mundo de dolor sobre los hombros! (aplausos)

Nosotros los pobres somos descendientes de aquellos indígenas que Colón repartió en la isla La Española en 1497 y que, reducidos a la esclavitud, trabajaron desde entonces de sol a sol sin estipendio alguno.

Descendemos de aquellos indios americanos sujetos por la Encomienda a un trabajo forzado, con el pretexto de cuidar la salvación de sus almas y administrarles los sacramentos.

Somos parientes de los indios Tamemes que, encorvados por el peso de la carga, recorrieron los caminos de México, flagelados por el látigo infamante de los conquistadores; y de aquellos parias de la India, tan infelices que es fama que el agua que reflejaba su sombra se contaminaba; y de los cuales estaba escrito que debían vivir alejados de todos, y socorrerles era un grave delito.

Eran primos hermanos nuestros aquellos ilotas que sistemáticamente y de cuando en cuando eran legalmente aniquilados en Esparta; y de aquellos otros que Atenas menospreció hasta el grado de exigir a los jóvenes atenienses que jurasen pública y solemnemente ser enemigos del *demos* y acarrearle el mayor daño posible.

Descendemos también de las esclavas de Roma, expuestas de jóvenes a la lujuria de los ebrios, y que luego, ya de viejas, se insultaba su oprobio imprimiendo con hierros candentes, palabras obscenas en sus senos marchitos! (aplausos)

Pero no obstante nuestro origen humilde y nuestro llanto de siglos, no tenemos el alma amargada ni destilan gotas de hiel las fibras del corazón.

No sentimos envidia cuando pasan delante de nosotros los *Cadillac* último modelo, pero sí se nos

opreme el corazón cuando miramos nuestros braseros sin lumbre y nuestros pucheros vacíos! (aplausos)

No insultan nuestra pobreza los palacetes de los nuevos ricos, con sus jardines y chimeneas; pero sí nos duelen las colonias abandonadas, sin luz, sin drenaje... ¡y hasta sin agua! (aplausos)

No nos ofenden las grandes clínicas y sanatorios, dotados del confort y los adelantos modernos —y tan fuera de nuestro alcance que parece que hasta los *Mejorales* allí cuestan un ojo de la cara— (risas, aplausos); pero sí nos entristece hasta las lágrimas mirar a uno de los nuestros agonizar en un camastro, sin que podamos comprarle, ¡siquiera! sus cucharadas. (aplausos)

No aspiramos a tener una institutriz que a domicilio nos enseñe las delicias de las danzas gitanas o la dinámica impecable de las jotas navarras: nos conformamos con no quedarnos sin matrícula en la escuela del barrio y con que nuestros maestros no tengan que suspender sus clases por falta de pago! (aplausos)

No nos desespera vagar por los campos, negros, lívidos, renegridos, tostados por el sol y pegados a la tierra como una lombriz que trabaja; pero sí nos desconsuela que los alcances, que las utilidades que se derivan de la fibra blanca —que nosotros cultivamos con tanto amor—, se esfumen por las malas artes de los acaparadores, de los aparachueco, de los empleados venales... ¡y hasta de las pesas con trampa! (ovación)

Nosotros los pobres no somos rencorosos ni aspiramos a más de lo que merezcamos; pero tenemos el orgullo de ser el alma o el espíritu de aquella raza que creyeron muerta, la de la sangre convertida en

fuego, la que en bronce forjó su tez morena!  
(aplausos)

Aunque pobres y oscuros tenemos ansia de progreso y preferimos un parche en el pantalón que en la conciencia. (ovación). Queremos estudiar para servir mejor a la patria, para ser útiles a la colectividad. Ya no queremos seguir siendo esas muchedumbres ineducadas, temerosas, embrutecidas, desequilibradas. Y cuando no nos queda más recurso que soñar... ¡soñamos!

A nosotros los pobres más nos desvanece la riqueza que nos abate la pobreza. Y le pedimos a Dios la felicidad en estos términos: ¡Señor, dadnos; pero no nos deis sino lo necesario, no sea que la abundancia nos corrompa y nos haga renegar de Vos!  
(aplausos)

Nosotros los pobres anhelamos que hasta nuestras buhardillas llegue la luz de la ciencia y de la verdad. Suspiramos porque la sociedad comprenda que el alma de la juventud humilde —como dijo el poeta— "es de esas almas generosas que sedientas de luz, viven, palpitan; y esas almas así son como rosas: ¿o les dais luz de sol o se marchitan". (aplausos)

Tenemos ansias de aprender. De volar a las alturas maravillosas del pensamiento que crea y civiliza. No podemos evitarlo. Es una inmensa sed de altura. Pero en último término, aspiramos a volar, aunque no sea más que para tener en la impotencia el supremo consuelo de estrellarnos contra el pico más alto de la sierra!... (Ovación cerrada, aclamaciones).

## INDICE

Prefacio . . . . .	5
Regalos históricos . . . . .	7
Los nichos de mármol rojo . . . . .	12
¡Revivamos la historia! . . . . .	17
Tarjetas de presentación . . . . .	22
Las zapatillas de charol . . . . .	27
En la hora del triunfo. . . . .	31
Grandes infortunios . . . . .	35
El mal de Werther . . . . .	40
"Canards" famosos . . . . .	45
Historia de la estupidez . . . . .	50
Grandeza de espíritu . . . . .	55
¡Tandem felix! . . . . .	60
Miedos cervales . . . . .	65
Envidias corrosivas . . . . .	69
Los lirios putrefactos . . . . .	74
Los malos poetas . . . . .	79
Escándalos morrocotudos . . . . .	83
El sexo débil . . . . .	88
Rivalidades famosas . . . . .	92
Valor sobrenatural . . . . .	97
Celos apasionados . . . . .	102
El regreso a la patria . . . . .	107
Apuntes para la historia de la estupidez . .	112

Prodigios de la memoria . . . . .	116
Homenajes tardíos . . . . .	120
El homenaje a Victoria Chapa de Arratia .	124
¡Un fusilamiento que no mancha! . . . . .	130
Un discurso fogoso y conmovedor . . . . .	135

Revivamos la Historia , terminó de imprimirse por ENORME en julio de 1995. La edición en tiro de un mil ejemplares estuvo al cuidado de Rogelio Villarreal.  
Tipografía: Lidia Acevedo.

¡REVIVAMOS LA HISTORIA!

Joaquín Sánchez Matamoros

La impresión de este volumen fue lograda gracias al auspicio del

**LIC. MARIANO LOPEZ MERCADO**

Presidente Municipal de Torreón, Coah., dentro del Programa Arte y Cultura que se realiza en este Municipio.

**Coordinador:**

*C. Ing. Edmundo Gurza Villarreal*

**Vocales:**

*C. Alejandro Pérez de la Vega (Primer Regidor)*

*C. Domingo Carrillo Muñoz (4o. regidor)*

**Títulos Publicados:**

Quince poetisas laguneras

*Antología*

El cuento lagunero

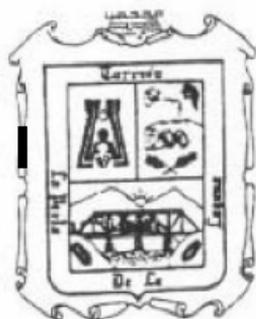
*Antología*

El sur de Coahuila en el Siglo XVII

*Agustín Churruca Peláez*

Primer centenario de la parroquia de Nta. Sra. de Guadalupe de Torreón.

*Gildardo Contreras Palacios*





¡REVIVAMOS  
LA  
HISTORIA!

¡REVIVAMOS  
LA  
HISTORIA!

¡REVIVAMOS  
LA  
HISTORIA!

